

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 51 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

NOTICIAS TRASMITIDAS POR EL TELEGRÁFO.

La Independencia belga del 10 dice que Austria no combatirá en la Dieta el principio de Parlamento, pero podrá que todas las provincias austriacas tomen parte en su nombramiento; y que rechazará la concentración en manos de la Prusia del mando de los contingentes de los Estados alemanes del Norte.

El Krentzeitung periódico de Berlín dice que Prusia no tomará en consideración la exigencia de Austria relativa al desarme.

En la Bolsa de París se cotizaban ayer los fondos a los precios siguientes:

Fondos franceses: el 3 por 100 a 67-55 y el 4 1/2 a 97-50.

Los fondos españoles: el 3 por 100 interior a 37 5/8.

Los consolidados ingleses quedaban en Londres ayer de 86 5/8 a 84 1/4.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 12 DE ABRIL DE 1866.

OTRO OPÚSCULO DE VEUILLOT.

La popularidad de este ilustre escritor católico, el vigor, pureza y brillantez de sus conceptos, la magia de su estilo poderoso, y en suma la grandeza de su palabra, espada de dos filos que así hiere y da muerte al error como defiende y protege la verdad en las inteligencias de su siglo, le presentan a nuestros ojos como uno de los campeones más insignes del Catolicismo, quizá como el primero entre los escritores seculares que han consagrado su pluma a la causa de Dios y de la sociedad. Por esta razón todo escrito de Veuillot, privado por cierto en su patria de la libertad concedida al último periodista del último periódico de boardilla ó de taberna, todo escrito de Veuillot, es recibido con entusiasmo por toda la cristiandad: porque cada obra suya es un nuevo triunfo para la verdad, un golpe mortal para el doctrinarismo liberal de que hacen gala las medianías intelectuales y políticas de nuestro siglo.

Por nuestra parte, secundando estos nobles sentimientos y procurando avivarlos con la fuerza que se desprende de las palabras del insigne escritor francés, nos apresuramos a traducir y ofrecer a nuestros lectores, en lugar del artículo original, algunos incomparables fragmentos del último opúsculo de Luis Veuillot, que lleva por título *«L'illusion libérale»*, ó sea el engaño en que caen muchos católicos de alente y algunos liberales de aquende cuando aspiran a conciliar el liberalismo con el Catolicismo.

Conviene advertir que el género de liberales católicos a quienes se refiere el publicista francés es cosa casi desconocida en nuestra patria. En Francia hay católicos que sinceramente creen convenir a la causa de la Iglesia el establecimiento y extensión de las libertades modernas, que son la forma que ha tomado la esclavitud antigua. Así lo creen, y este es su engaño ó ilusión; pero su creencia procede de un corazón católico y a veces piadoso, que se engaña acerca de los medios, aunque no vacila en querer la salud del mundo por el Cristianismo. Acaso se mezcle con este deseo el amor propio, amigo de hallar en las lides parlamentarias el carácter francés extremadamente ligero, la falta de estudios sólidos de filosofía, la superficialidad del siglo, las preocupaciones reinantes; pero es lo cierto que en el fondo de su corazón los católicos liberales franceses guardan el fuego sagrado del amor filial a la Iglesia de Dios. En España no acontece esto: los liberales tienen este fuego; si no enteramente extinguido, muy amortiguado, y en cuanto a los católicos... ¡ah! los católicos no son liberales.

Hecha esta importante aclaración, dejemos la palabra al escritor francés:

No diré que sean herejes los católicos liberales, porque sería preciso ante todo para esto que realmente quisieran serlo. De muchos entre ellos aseguro que no son herejes, de otros no sé qué pensar, y en todo caso me atengo al juicio de la Iglesia. Cuando llegue la sazón oportuna, la Iglesia pronunciará su fallo. En mi sentir, sean las que se quieran las virtudes de estos señores y el buen deseo que les anima, creo que nos traen una herejía, y una herejía de las más pronunciadas que se han visto.

Ignoro si el mundo se verá libre de ella. Mucho lo dudo: el liberalismo de los católicos liberales y el espíritu del mundo proceden del mismo tronco y van a parar recíprocamente el uno en el otro por medio de muchos planos inclinados. En la gran batalla de ateos, deístas, eccléticos, ignorantes y sabios de oropel, hay muchas almas flacas

que sólo anhelan una religión cómoda, tolerante. Aun dentro de la Iglesia no faltan personas cansadas, tentadas, sobrecogidas, que aun cuando no quieren apostatar abiertamente tampoco quieren romper con el mundo. No vemos en Italia Sacerdotes excomulgados que siguen diciendo Misa; los cuales cinco años atrás habríanse sublevado al sólo anuncio de su miserable caída?... Una herejía que no niegue por completo la verdad, ni afirme por completo el error, es el cauce más abonado para estas aguas vanas: por ella se precipitan de una y otra parte hasta formar el torrente.

La sociedad cristiana en su estado normal se conserva y dilata mediante dos fuerzas distintas sin separación, unidas sin confusión, subordinadas pero no iguales. Una de ellas es la cabeza, la otra el brazo; una la palabra suprema del Pontífice; otra la potestad civil.

La sociedad cristiana somete todas las cosas a esta ley suprema, porque ante todo esa sociedad es cristiana; y haciéndolo así ordena bien todas las cosas, porque da el lugar debido al supremo ordenador Jesucristo, su solo Señor y Maestro verdadero.

La sociedad cristiana da el lugar preeminente, soberano, a Jesucristo, como los fieles se lo dan en sus almas; y de aquí nace el orden, la libertad, la unidad, la grandeza, la justicia, el imperio, la paz.

De este modo en medio y aun a pesar de las divisiones producidas por las pasiones propias de la humana flaqueza, mostróse en toda su magnífica variedad la comunidad formada en Europa, que podemos llamar la República ó mejor, la Familia cristiana, la cristiandad; obra estupenda, destruida por la herejía casualmente cuando la paz interior y el progreso de las artes le prometían la gloria de comunicar a todo el género humano el beneficio de la Redención. Si hubiera subsistido íntegra en el siglo XVI la unidad católica, no existirían ya hoy ni infieles, ni idolátras, ni esclavos; el género humano sería cristiano en el día, y la unidad de la fe, abrazada por tantas y tan diversas naciones, la pondría a salvo contra el despotismo que hoy tan de cerca nos amenaza.

Aquellas dos potestades unidas, distintas y subordinadas que rigen la sociedad cristiana, se conocen con el nombre de las dos espadas. Entrambas quisieron la mansuétude de Cristo, porque la represión fuese la última y la prevención del mal la primera.

La primera espada, la espada que sólo desgarró los velos oscuros del error y de la ignorancia, corresponde a la potestad paciente é inflexible del Pontífice. La otra espada, la espada material brilla en manos del rector de la sociedad, el cual debe obedecer, para no errar, los preceptos del Pontífice. Al Pontífice toca, pues, decir cuando ha de salir de la vaina, cuando ha de tornar a ella. Oficio de esta segunda espada es reprimir el error agresivo, después que ha sido definido y condenado, contenerlo y acabarlo; y asimismo proteger la verdad cuando esta necesita defensa, afianzar la libertad de sus enseñanzas, velar por la vida de sus embajadores y discípulos. A los Apóstoles solamente fué dicho: «Id, enseñad a todas las gentes, y bautizadlas»; pero a todos nosotros se nos dió precepto de orar porque el reino de Dios sea establecido: *Adveniat regnum tuum*. Jesucristo no mandó cosa alguna injusta. Su mandamiento contiene el deber que tienen todos los pueblos de recibir a sus enviados, al paso que confiere a la sociedad cristiana cuando menos el derecho de protegerlos. Déjeseles si se quiere soportar el destierro, el hambre, las privaciones, todos los trabajos y menoscabos imaginables; déjeseles si se quiere morir de miseria ó a merced de las bestias feroces; pero la república cristiana tiene derecho a exigir que no den en manos del verdugo, y que sus neófitos, en entrando en el seno de la familia cristiana, sean como ellos sagrados. En esto debe emplear la fuerza que obedece al Pontífice. A su cargo corre procurar el cumplimiento de aquel precepto divino que fué dado a Pedro, siendo ya Príncipe: «Levántate, mata y come». Es decir, según la interpretación de los Padres: «Mata el error, que es muerte, y trasfórmalo en tu luz, que es vida».

Al decir esto, pareceme oír al libre pensamiento exclamar *«teocracia»* como si gritara ¡asesinos! Pero es de notar que su asombro es fingido, aunque desgraciadamente sea cierta la alarma que causa en nosotros ese su terror aparente. Con esta traza exalta hasta el delirio la prudencia, la convierte en traición contra la verdad, impidiendo la reivindicación y aun la más legítima expresión del derecho cristiano.

De seguro la prudencia tiene aquí razón grande para obrar. Cuando veáis temblar a los libre-pensadores con falsos temblores, que los dispensan a sus ojos de llevar razón y tener justicia, persuadidos a que la persecución amenaza a la Iglesia. En este caso, el católico liberal no dejará de tocar esta cuerda sensible diciéndoles: «¿Vais a predicar la teocracia? ¿queréis que nos apedreen? Mas porque sean injustos, siempre injustos, nuestros adversarios, ¿será razón que nosotros nos volvamos absolutamente cobardes, y que para gozar de la libertad con que nos convidan, nos tornemos ciegos, sordos y mudos, y perdamos hasta la facultad de pensar? Arrostrémos valerosamente todo linaje de injuriosos dicharachos, y tengamos cuenta que los criados y servidores del pretorio, en que el libre pensamiento pretende juzgar a Cristo, no nos muevan a decir: «Yo no conozco a este hombre!» Nosotros debemos obediencia a la Iglesia en

los límites que ella misma define, bastante anchurosos por cierto para que la revolución, hija del orgullo, no tenga dentro de ellos haría materia para sus odios y rebeliones. Si esta obediencia es la teocracia, los que la tienen miedo no se lo tienen bastante a otras cosas. Ni en la vida pública ni en la privada hay manera de evadirse del demonio sino entrando en el reino de Dios. Muchos ejemplos tenemos en la historia contando hasta el día de hoy, y en estos mismos momentos, del uso que la autocracia humana sabe hacer de las dos espadas. No son menester largas excursiones para dar con el pueblo que lo ganaría todo, su propia vida antes que nada, si el Vicario de Jesucristo, el Rey espiritual, pudiese decir al Rey temporal: «Vuelve el acero a la vaina».

El cristiano es Sacerdote, el cristiano es Rey y está destinado a más alta gloria. Dios debe reinar en nosotros, Dios debe reinar por nosotros, a fin de que merezcamos reinar con Dios. Estas son reglas de fe de que no podemos prescindir en nuestros reglamentos de vida política. Nuestra categoría es sublime y nuestra dignidad divina; no podemos abdicar el presente destino, no podemos declinar sus muy augustos y apremiantes deberes,—deberes de orden particular y de orden público,—sin abdicar a la vez la dignidad futura. No tenemos las riquezas, la fuerza, la libertad, la vida, nada en el mundo para nosotros sólo; el deber de proteger en su alma y en su cuerpo a la multitud de nuestros hermanos débiles ó ignorantes, es inherente a cada don que recibimos. Ahora bien, la gran protección que se debe a los débiles, consiste en promulgar leyes que les conduzcan al conocimiento de Dios y a la comunicación con Dios. Todos seremos examinados y juzgados sobre este punto, y ningún cristiano puede creer que el día en que se le pida cuenta de esos débiles abandonados con desprecio ó defendidos sin constancia ni amor, se justificará con la respuesta de Cain: *Num custos fratris mei sum ego* (1).

Marchar con la corriente. En esto se resumen esas famosas invenciones y toda la soberbia del liberalismo católico.

Por qué, pues, marchar con la corriente? Nosotros hemos nacido, hemos sido bautizados, estamos consagrados a caminar contra la corriente; debemos contener y agotar esa corriente de ignorancia y de felonía de la criatura, esa corriente de mentira y de pecado, esa cenagosa corriente que conduce a la perdición. No es otra nuestra misión en el mundo.

Nuestra historia es el relato del triunfo de Dios por la verdad despojada de toda política humana, respecto a los Principes y respecto al mundo. Los paganos eran liberales y desearon mucho conciliarse con la Iglesia: sólo le pedían que envileciese un poco a Jesucristo y le hiciese descender a la categoría de particular divino. En este caso el culto hubiera sido libre: Jesús hubiera tenido templos como Orfeo y Esculapio, y reconociendo los paganos mismos su filosofía superior, le habrían adorado.

Mientras se negociaba este concierto, y para facilitar la transacción, el poder público empujó por los filósofos, los literatos, los judíos, los astrólogos y los apóstatas, perseguía a los cristianos, y hubo provincias en las que la persecución cogía de una redada a una Iglesia entera. Aparecieron en presencia del procónsul el Obispo, el Clero, los fieles, los niños y los neófitos. Frequentemente les rogaba el procónsul que le facilitasen el medio de averdarse: sólo les pedía un signo. Aquellos cristianos no discutían; no decían para sí: si morimos, ¿qué será de la Iglesia y quién servirá a Dios? Ellos confesaban al único Dios y morían: así fué como hicieron caer el hierro de manos del verdugo, como quitaron la espada de manos del Emperador, y como arrancaron al género humano del abismo. Pero vencedores no renegaron de lo que afirmaron perseguidos. Ellos habían afirmado la majestad de Jesucristo, ellos la establecieron, y la Cruz del Líbano dominó la corona imperial.

El Caído, el gran artista de la herejía, se llama Satanás, *Adversarius*; el adversario de lo justo, de lo verdadero, de lo bueno, y lo que él propone es lo que no debe aceptarse. Así como proponía en otro tiempo la absorción, con el mismo objeto, por medios análogos, por los mismos órganos enemigos y engañosos, ora amenazando, ora seduciendo, propone ahora la separación. El decía a los primitivos cristianos: abdicad la libertad, entrad en el Imperio: él nos dice hoy: salid del Imperio, entrad en la libertad. En otro tiempo: uníos; hoy, separaos. Ayer, una unión que hubiese envilecido a la Iglesia; hoy una separación que envilecería a la sociedad. Ni aquella unión convenía entonces, porque hubiese sido la absorción, ni esta separación sería buena hoy, porque sería el repudio. La Iglesia no repudia a la sociedad humana ni quiere ser repudiada por ella: no ha rebajado su dignidad y no abdicará su derecho, es decir, en el fondo, su libertad real. El quitar la cruz a la corona y la corona a la cruz está en el interés del *Adversario*, no en el de la Iglesia ni en el de la sociedad cristiana.

Los cristianos se apoderaron de las armas y de los templos de la sociedad pagana, no para destruirlos sino para transformarlos. No espulsaron al ídolo del templo; impusieron el derecho a la fuerza; ni siquiera les ocurrió la loca idea de destruir la fuerza. La fuerza se deja reemplazar, se deja disciplinar, se deja santificar: ¿quién se lisonjeará de destruirla? ¿y por qué destruirla? Ella

es una cosa muy buena: es un don de Dios, un carácter de Dios: *Ego sum fortissimus Deus patris tui* (2).

Así como el derecho es por sí mismo una fuerza, esta puede ser por sí misma un derecho. El género humano y la Iglesia reconocen el derecho de la guerra; y con ese hierro arrebatado a la fuerza bárbara, construyó corazas para los débiles, y nobles espadas con que armó al derecho. La fuerza en manos de la Iglesia es la fuerza del derecho, y nosotros no queremos que el derecho permanezca sin fuerza. Lo regular es que la fuerza ocupe su lugar y ejerza su oficio.

Porque en los presentes tiempos no esté la fuerza en parte alguna en su sitio, es decir, a disposición de la Iglesia, porque lejos de servir al derecho abuse de él, ¿habremos de convenir con los iluminados que decretan, unos la destrucción de la fuerza y otros que el derecho supremo nunca use de la fuerza, temerosos de que llegue a molestar a la libertad que aspira a destruir la verdad?

Al contrario, deberíamos dar con júbilo toda nuestra sangre para reponer la fuerza en su legítimo cargo, para aplicarla al exclusivo servicio del derecho.

La fuerza debe proteger, fortalecer, vengar el derecho más grande, más ilustre, más necesario del hombre, el derecho de conocer y servir a Dios; ella debe poner a la Iglesia en disposición de dispensar este derecho a todos los hombres en la tierra. No perdamos de vista esta verdad que el catolicismo liberal arroja y ahoga en la corriente, con tantas otras.

Esta sugestión es indigna de seguir la corriente, subleva aun el simple honor humano, ¡el proponer a hombres señalados con el santo crisma, es un rasgo de estos tiempos! Figuremonos que un Rey derribado de su Trono, sola y última esperanza de la patria conquistada, declara súbitamente que se considera justamente destronado, y que no aspira sino a gozar de sus bienes particulares, según el derecho común, bajo la protección de los saqueadores de su pueblo: ¡echais de ver el inmenso envilecimiento de este desdichado! Y, no obstante, en nada podría compararse con lo que se nos propone.

«Ese Rey imaginario cometería una ignominia gratuita; no se le creería, y aquellos a quienes ofreciese vender sus derechos y su honor le contestarían: ¡Adelante! Tú eres Rey...»

«Obraríamos aun peor y por esta razón se nos creería aun menos y habría sobrada razón para no creernos. Habría entre nosotros, como en otro tiempo entre los defensores de la constitución civil del Clero, quienes se arrepintiesen y se retractasen; y entonces los católicos que se mantuviesen firmes ó volviesen a ser simplemente católicos harían dudar de la sinceridad de los que quisieran seguir siendo liberales. ¿Qué camino seguirían estos, estrechados de un lado por los ortodoxos que lanzarían contra ellos el anatema, y de otro por los incrédulos que les exigirían garantías? Pues esta es una eventualidad segura en la que deben fijar su atención. Si los católicos liberales se adhieren al grupo fiel, si se someten a la enseñanza de la Iglesia que sostiene sus derechos sobre el mundo, nada han hecho. Si conceden las garantías que del otro campo se les exigen, entonces se separan, consenten que la libertad imponga silencio a los disidentes, coadyuvan a la persecución y son al mismo tiempo apóstatas de la Iglesia y apóstatas de la libertad».

«Que tengan entendido que no podrán salir de este dilema: liberales penitentes ó católicos impenitentes...»

Es evidente que los liberales no cristianos, completamente revolucionarios, son tan poco amigos de los católicos liberales como de los demás católicos. Así lo manifiestan a todas horas y en todos tonos; el periódico *Le Siecle* ha hecho en esta materia repetidas declaraciones que no dejan ninguna duda y que ciertamente no han dejado tampoco de encontrar aceptación. «¿Fuera el cristianismo? ¿Que no se hable ya más de eso? Este es el grito de la revolución en donde quiera que domina. ¿Y en qué punto de Europa no domina? Ningun revolucionario ha protestado jamás contra los feroces ahullidos de Garibaldi ni contra las teorías sanguinarias de M. Quinet, que pide que el Catolicismo «sea ahogado en el lodo», ni contra la impiedad estúpida de esos seides que se asocian para rechazar los Sacramentos. Por otra parte, ¿qué grupo, qué revolucionario notable se ha convertido por los programas, por las concesiones, por las ternas y, preciso es decirlo, por las debilidades de los católicos liberales? En vano han renegado de sus hermanos y despreciado las Bulas; en vano han explicado ó desdenado las Encíclicas: estos excesos los habrán valido algunos pocos elogios y humillantes aplausos, pero ninguna adhesión. Hasta ahora la *capilla* liberal no tiene entrada ninguna y más parece puerta de salida de la verdadera Iglesia. La explosión de odio continúa en el campamento anti-cristiano, y sigue ardiendo en todo el mundo cierta especie de furor, no sólo contra la Iglesia, sino contra la simple idea de Dios. Hay una emulación general entre los jefes de partido que gobiernan en la actualidad a Europa, por romper todo lazo de unión entre Dios y el hombre. Lo mismo los cismáticos, que los herejes, que los infieles de todas sectas, por poco contacto que tengan con la moderna civilización, se afanan por despojar a la Iglesia. El Estado musul-

man pohe su mano en los bienes de las mezquitas como en otras partes el Estado cristiano la pone en la propiedad eclesiástica; es preciso negar a Dios, sea cualquiera el nombre que se le dé y el título que se alegue, hasta la posesión de la más pequeña partícula de lo que El ha creado. Tales son las gentes entre las cuales los católicos liberales piensan encontrar defensores y custodios leales y desinteresados de la libertad católica.

No es esto lo que les enseña su propia experiencia, que es también la nuestra, porque juntos la hemos adquirido por iguales medios y animados de un mismo desseo.

La experiencia ha sido larga y las circunstancias tan favorables como desfavorables son las actuales. Aunque en corto número la unión nos daba fuerza; la constitución a la sazón vigente hacia indispensable que se contase con nosotros; nos concedía ventajas por las que estábamos agradecidos y nos hacía promesas en las cuales creíamos y que pesaban más en nuestro ánimo que los agravios que otras veces nos infería. ¿Quién deseaba entonces más que nosotros que la carta fuese una verdad, quién la apoyó con más decisión, quién la esperó con más entusiasmo y de mejor buena fe? Sin dejar de defender nuestros principios contra la doctrina revolucionaria, ¿en qué nos opusimos a ella? ¿qué otra cosa pedíamos sino el poder contrarrestar la libertad con la libertad?

Y no formábamos un partido aislado y de poca importancia. Delante de nosotros iban los Principes de la Iglesia y especialmente uno tan eminente por su carácter y por su talento como por su posición, el ilustre Obispo de Langres que acaba de morir en la Silla episcopal de Arras, amado de Dios y venerado de los hombres. Monseñor Paris estudió la cuestión de la conciliación de la religión con la libertad no tanto por saber lo que la Iglesia debía retener como por averiguar lo que podía conceder, y un escrito que obtuvo su aprobación, resume así el programa del partido católico. «Los católicos han dicho a los Principes, a los doctores y a los maestros de las ideas modernas: «Nosotros aceptamos vuestras dinastías y vuestras constituciones y os dejamos vuestras conquistas. Sólo os pedimos una cosa que es de estricto derecho aun dentro de vuestra doctrina: la libertad. Queremos luchar y convencerlos por medio de la libertad; renunciamos a los monopolios, a las trabas y a las prohibiciones; dejados enseñar libremente como lo hacéis vosotros; dejados reunirse libremente para las obras de Dios como vosotros os reunís para las obras del mundo; dejados dar expansión a todos los buenos sentimientos a los que no hacéis más que comprimir ó proponer arreglos y no temais nuestra libertad; con ella purificaremos y salvaremos la vuestra. En donde nosotros no somos libres nadie lo es por mucho tiempo».

«Esto es lo que pedíamos. Y sin tratar de ensalzar, ni deprimir a nadie más de lo justo, debemos confesar que nuestros adversarios de aquellos tiempos eran más graves, sinceros, ilustrados y moderados que nuestros actuales adversarios. Eran los Guizot, los Thiers, los Comin, los Villemain, los Broglie, los Salvandy y al frente de los cuales estaba el Rey Luis Felipe. Ninguno de estos jefes de la sociedad directora tenía ese fanatismo de irreligión y de anti-cristianismo que hemos visto después: su actitud posterior lo ha probado honrosísimamente para ellos. Además creían, ó a lo menos querían creer, en la libertad. ¿Y qué es lo que hemos conseguido de su prudencia, de su moderación y sinceridad? ¡Ah! La cuenta es tan sencilla, como triste; no hemos conseguido nada, absolutamente nada, lo que se llama nada. Pero sobrevino una catástrofe y el miedo ha logrado más que la razón, la justicia y la carta constitucional. Bajo la impresión de aquel miedo se nos hicieron algunas concesiones; pero con el mal disimulado designio de restringir al punto ó de anular tan miseros favores».

«Pasó la borrasca y los adversarios nuestros que permanecieron caídos no han dado ninguna señal evidente de conversión, y los que se levantaron parecen como que no pueden perdonarse a sí propios el haber tenido miedo al trueno, y por lo general se muestran más hostiles de lo que antes parecían».

«Por ventura será nuestra la mudanza por haber retirado a las cosas modernas la adhesión práctica y el concurso que les dábamos? Así lo pretenden los católicos liberales, pero se engañan a sabiendas».

«Entonces como ahora, decíamos que el cimiento filosófico de las constituciones modernas está en falso, y que por lo tanto la sociedad queda expuesta a peligros ciertos y seguros; pero nunca hemos dicho que se puede ni se debe sustituir violentamente esa base con otras, ni que sea preciso prohibir practicar esas constituciones en lo que no sean contrarias a la ley de Dios».

«Es un hecho enteramente independiente de nosotros; un estado de cosas, en medio del cual hasta cierto punto nos hallamos como en país extranjero, observando las leyes generales que arreglen la vida pública, usando hasta del derecho de ciudad, cuyas obligaciones cumplimos, pero absteniéndonos de entrar en los templos y de incensar a los ídolos. El autor de estas páginas, si semejante ejemplo puede permitirse, ha ejercitado muchísimo tiempo el derecho de libertad de imprenta y todavía quiere usarlo, sin creer por eso y sin haber creído jamás en manera alguna que la libertad de imprenta sea un bien absoluto. En suma; nosotros observamos respecto de las

(1) Gen., IV, 5.

(2) Génesis, XLXI, 3.

constituciones la misma conducta que todo el mundo guarda respecto de las contribuciones; pagamos la nuestra pidiendo que se disminuya y obedecemos a la Constitución pidiendo que se mejore. No se extienden a más nuestros reparos; bien lo saben los católicos liberales.

Si esto parece excesivo; si hemos de pagar siempre la contribución sin que nunca nos parezca pesada; si debemos transferir a las constituciones modernas la creencia religiosa que negamos a los dogmas que dichas constituciones declaran implícitamente abolidos; si no nos queda que desear otra mejora que un desprendimiento más radical de toda idea cristiana, ¿qué libertad nos prometemos y qué ventajas pensamos obtener los católicos liberales de esa libertad que les será dada, medida por el mismo rasero que a nosotros?

Ellos juran y perjuran por los principios de 1789 y hasta los llaman *inmortales principios*: esta es la palabra de prueba, el *scibboleth* (1) que da entrada al campo del gran liberalismo. Pero hay cierta manera genuina de pronunciarla, y nuestros católicos no lo han conseguido enteramente; á pesar de sus recibidos con frialdad y hasta los más hacen cuarentena. Les felicito por ello. Para adquirir bien el acento, es preciso primero comprender bien la palabra y aceptarla.

Pero ya es tiempo de sondear el arcano de 1789 y señalar el punto en que precisamente la fe católica tiene que dejar de ser liberal ó de ser católica.

Hay entre los principios de 1789 uno que es el principio revolucionario por excelencia, que compendia en sí toda la revolución y todos sus principios. Para ser revolucionario es preciso admitirlo, así como para dejar de serlo es preciso abjurarle; en uno y otro caso es el todo y levanta entre revolucionarios y católicos una muralla de división, á través de la cual los Piramos católicos liberales y Thishes revolucionarios nunca lograron hacer pasar más que sus suspiros.

Este único principio de 1789 es lo que la cultura revolucionaria de los conservadores de 1859 llama la secularización de la sociedad, lo que la franqueza revolucionaria de *Le Siècle*, de los solidarios y de M. Quinet llama brutalmente la expulsión del principio teocrático; es la ruptura con la Iglesia, con Jesucristo, con Dios, con todo reconocimiento, con toda ingerencia, y con toda apariencia de la idea de Dios en la sociedad humana.

A decir verdad no es necesario violentar mucho el principio católico liberal para llevarlo hasta ese punto. Llega á él por el mismo camino, por las mismas etapas, por las mismas exigencias de la situación, y por las mismas sugestiones de orgullo que han arrastrado imperiosamente al principio del libre examen protestante á la negación de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Los Padres de la Reforma no se proponían llegar al punto en que hoy se encuentra su posteridad, y se puede asegurar que los más atrevidos no hubieran podido imaginárselo sin horror; pero como lo que aquellos querían conservar del dogma era más que suficiente para obligar á la razón humana á admitirlo todo entero, sus hijos han ido negando y negando, y siempre negando, han descargado el hecho en todos los puntos en que la sávia dogmática producía un retono legítimo, es decir, católico, y por último, habiendo llegado hasta el tronco y habiendo encontrado que la indefectible verdad nacía siempre la misma, convenciéndose de la necesidad, de ser católico, han dicho: arraquemos las últimas raíces y dejemos de ser cristianos para continuar protestantes!

Había comenzado á escribir estas páginas con un sentimiento de amargura y de angustia que ya no tengo al concluir. La ilusión liberal no sólo es vana en el fondo, sino que tiene razones de debilidad y de mentira que descubren su miserable origen. Esa fiera que ostenta cuando es necesario obedecer, se convierte en condescendencia cuando conviene resistir. No puede abusar por mucho tiempo de las almas creadas para la verdadera grandeza. Los católicos corrigen los extravíos de la inteligencia con la rectitud de intención y la elevación de corazón. Si este siglo parece ofrecernos un largo período de rastroso combates sin victoria aparente, de envilecimientos de toda especie, si hemos de ser burlados, despreciados y espulsados de la vida pública, si es preciso que en este martirio de desprecio suframos el triunfo de los tonos y el poder de los malvados, Dios por su parte tiene reservado á sus fieles un empleo cuyo fecundo y duradero esplendor no podemos rehusar ni despreciar. Les encarga de llevar la verdad disminuida y reducida como una lámpara que puede ponerse en manos de un niño, y les ordena que afronten la tempestad, porque mientras su fe no se debilita la llama no sólo no se apagará sino que ni siquiera vacilará. No, no se apagará ni vacilará. La tierra nos cubrirá con su polvo, el Océano nos escupirá su espuma, nos arrullarán las bestias que lancen contra nosotros y á travésaremos este mal paso de la historia humana, y la luccilla puesta en nuestras manos desgarradas, no habrá perecido, con ella se volverá á encender el fuego divino.

¿Qué discusiones tan miserables á vista del problema que trae agitado al mundo, problema cuya extensión y profundidad puede decirse que son las dimensiones de la humanidad misma!

Trátase de la existencia del pontificado que entraña la existencia del Cristianismo: aquí tenemos á la humanidad entera, en lo pasado, en lo presente, en lo futuro. La cuestión, la verdadera cuestión es saber de dónde viene, qué quiere, y á dónde va la humanidad. ¿Es el hombre criatura de Dios, y este Dios criador ha dado á su criatura una legislación inmutable en medio de las transformaciones permitidas á su libertad? ¿Ha hecho mal la humanidad en creer hace 1800 años que Jesucristo es Dios vivo y eterno, y que este Dios ha instituido un sacerdocio cuyo jefe único es él, permanente é infalible en la persona del Papa, por esta razón llamado Vicario de Jesucristo? ¿La humanidad que ha creído en esto, ha dejado ya de creerlo? ¿Abjura de Jesucristo, ó simplemente, negándole su divinidad, ora implícitamente declarando que su divinidad se equivocó y ha

engañado al mundo, que no ha instituido la Iglesia, que no ha dejado bajo este nombre más que una obra transitoria, á la cual ha hecho promesas caudales cuya falta de cumplimiento está conociendo ya el entendimiento humano? Y en fin, cuando el Papa derribado del Trono, relegado á la sacristía, súbito oscuro de un reyezuelo, vasallo á la vez de su pueblo y sus aliados; cuando el Vicario de Jesucristo, Vicario impotente de un Dios herido de muerte, habiendo pasado sucesivamente por todas estas ignominias, no puede lanzar una sentencia espiritual que no sea despreciada como una locura, ó castigada como un crimen de Estado, cuando los pueblos se mofan de esta majestad abofeteada por la policía ¿quién será entonces el jefe religioso del mundo? ¿Tendrá todavía un Dios la humanidad? y si no la tiene, ¿si tiene tantos dioses como se le antoje y no dejará de forjárselos á su capricho, ¿qué será entonces de la humanidad?

Tales son, no ya todas las cuestiones, sino uno de los grupos que en su inmensa órbita encierra la cuestión del Pontificado. Y á la faz de esta cuestión han de discutir los fieles las decisiones del Papa ó resolver sin contar con el Papa la conducta que han de observar.

La obediencia, por lo mismo que es la única que nos mantiene en la verdad, pone en nuestras manos el depósito de la vida. No frustremos, pues, las esperanzas de la humanidad que ha caído en la demencia: no la entreguemos, no la adulteremos; y en los días de prueba y de castigo, confesando la verdad, no cesemos de llamar á la puerta del perdón y nuestra voz apresurará el día de la misericordia. El mundo está en vías de perder: con Jesucristo, todo lo que Jesucristo le ha dado. La revolución disipa esta real herencia, contando ya con llegar á conquistarla. Todo se dirige á la tiranía, al desprecio del hombre, al sacrificio del débil y todo esto se hace en nombre de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad.

Conservemos la libertad de proclamar que sólo Dios es Dios, y que es preciso no adorar más que á él, no obedecer más que á él, sean cuales fueren los años que su cólera deje pesar sobre la tierra. Conservemos la igualdad que nos enseña á no plegar nuestras almas, ni ante la fuerza, ni ante el talento, ni ante el triunfo, sino ante la justicia de Dios. Conservemos la fraternidad, la verdadera fraternidad que no existe, ni puede existir en la tierra, sino mientras sepamos conservar en ella la paternidad y la soberanía de Jesucristo.

La sesión celebrada ayer en el Congreso puede considerarse como una de las más provechosas á que hemos asistido de mucho tiempo á esta parte, si no para los verdaderos intereses del país, para llegar al perfeccionamiento de su enseñanza, ó de su educación política, valiéndonos de una frase muy en boga entre la familia liberal.

En efecto, en ella oímos de los labios del señor Caudat que aun se adeudan crecidas cantidades á varios industriales que trabajaron en el teatro de Oriente, construido hace más de trece años, y pudimos oír declarar al señor ministro de la Gobernación que el expediente de aquel teatro obra en su ministerio, pero que presenta tantas oscuridades, que nadie ha tenido la vista bastante clara para ver lo que allí hay. Las circunstancias no pueden ser más oportunas para la creación del nuevo teatro nacional que anuncia *La Correspondencia*.

Pero volvamos al Congreso. Allí presenciamos una nueva escaramuza, sostenida entre el Sr. Cardenal y el ministro de Hacienda, á consecuencia de los deseos manifestados por el primero de dichos señores, de saber la sociedad mercantil, Banco ó caja en que los concesionarios del flamante Banco Nacional hubiesen consignado el depósito del millón de duros que se suponía hecho ya. El Sr. Alonso Martínez decía que la carta de depósito obra en poder del Sr. Borrajo, jefe de la comisión de Hacienda, lo cual, en su concepto, era lo mismo que si estuviese en poder del gobierno español. El Sr. Cardenal insistía en que el ministro de Hacienda no tenía noticia de la caja inglesa donde se había hecho el depósito. El Sr. Alonso Martínez replicaba que el depósito se hizo en *London, Agency Corporation*, y después de varios dimes y diretes, entre ambos señores, acompañados de campañillos presidenciales, puso el Sr. Cardenal término á este incidente, declarando que su objeto no estaba satisfecho, puesto que veía no haber depósito, sino garantía de depósito.

Entrándose por último en la cuestión de imprenta oímos al Sr. Casanueva discurrir larga y en muchos puntos atinadamente, combatiendo las doctrinas del Sr. Casaval, acerca de lo que debe entenderse por prensa, no de lo que se entiende en referir cuentos de vecindad, sino la que sostiene doctrinas con consecuencia y perseverancia.

Por último, allí pudimos oír de boca del señor ministro de la Gobernación, al contestar á los que combatían su proyecto, que tanto el como el Sr. Cánovas si tuvieran necesidad de salirse de los principios represivos para defender ciertas instituciones, acudirían á los preventivos antes que dejarlas perecer; y le oímos declarar también, que aquello del *criterio de la libertad* para todas las cuestiones, no era exacto que se extendiese hasta con las religiosas. Ese *criterio*, según el Sr. Posada Herrera, sólo se refiere á las cuestiones políticas económicas y sociales, pero una parte de la prensa demuestra prácticamente que para ella el *criterio* proclamado por el ministro de la Gobernación no admite cortapisa.

Por último, pudimos oír al Sr. Posada Herrera esta poética exclamación, digna de ser reproducida sin comentario alguno:

«Ah, señores! ¿cuánto mejor no es establecer esas leyes penales para la imprenta, que tolerar la presión que esta ejerce sobre los Gobiernos,

sobre las autoridades, sobre los jueces y sobre los particulares mismos que ven coartada su libertad por la pretendida libertad de los periodistas».

Y sin embargo, ese es el criterio de la libertad.

Dice *La Correspondencia* que se trabaja para la creación de un teatro nacional en Madrid.

Esto quiere decir que se trabaja para buscar un símbolo á esta situación.

El general O'Donnell tiene palacios hace mucho tiempo, pero desde ese tiempo le está haciendo falta un teatro.

Y vendrá el teatro, porque ya ha aparecido su precursor, que es un banco.

Para un teatro nacional, un banco nacional. Con este par de nacionales hay base para los trescientos mil del bien.

Leemos en *La Democracia*:

«La Iglesia celebró el lunes la fiesta de la Encarnación. Con este motivo no hubo Cortes; las escuelas se cerraron, y los trabajadores se vieron sin el trabajo que les proporcionaba el necesario sustento. En España no se desaprovecha ningún motivo para no hacer nada. Cuando se disminuye el excesivo número de días festivos que nuestro calendario reza, días festivos que tanto favorecen la vagancia. En nuestro sentir, los Gobiernos debían resolver pronto esta cuestión, de sumo interés para todas las clases que viven del trabajo.»

Es decir, el lunes, en que la Iglesia rezaba de la Encarnación del Hijo de Dios, ni fué día de Misa ni fué día de fiesta de guardar. Con este motivo no hubo Cortes, porque los presidentes de ambos Cuerpos creyeron que no debía haberlas; las escuelas se cerraron, porque á los maestros les dio la gana; y los trabajadores que quisieron holgar, esto es, los que trabajan el domingo y descansan el lunes, se vieron sin el trabajo que les proporciona el necesario sustento.

Consecuencia de *La Democracia*: luego hay que disminuir los días de fiesta.

Convergamos, pues, en que hay que disminuir los días de fiesta, porque algunas gentes guardan fiesta cuando la Iglesia no les obliga.

Democráticamente por todas partes se va contra la Iglesia. Sino que para ir, aun democráticamente, contra la Iglesia, hay que ir contra el sentido común.

Leemos en los periódicos ministeriales:

«Entre los proyectos que el señor ministro de Gracia y Justicia prepara, se cuenta uno sobre patronatos y fideicomisos familiares, con el cual se satisfará una necesidad que reclama imperiosamente remedio desde hace mucho tiempo, y llenará un gran vacío de la ley de 27 de Febrero de 1820, y acerca de cuyo asunto hay incoado ya un expediente desde hace seis años.»

También tiene muy adelantada la elaboración de otro proyecto sobre redención de cargas de los indicados bienes de patronatos, con objeto de facilitar la libertad de transmisión de dominio de los mismos, completando así el pensamiento desamortizador que viene realizándose en España pagando un tributo á los consejos de la ciencia y al espíritu del siglo. El importe de esos bienes, merced al proyecto que nos ocupamos, podrá convertirse en inscripciones intransferibles con gran ventaja para sus actuales poseedores.

El proyecto del ministro de Gracia y Justicia es el mismo de Godoy á principios de este siglo, y probablemente tendrá el mismo resultado. La deuda del 5 por 100 no negociable se dejó de pagar desde el año 1825, y las cargas dejaron también de cumplirse.

¿A donde nos quiere conducir el liberalismo? Todo lo quiere el Estado para sí; para cargar con las obligaciones de todo el mundo: de manera que el día en que el Estado se vea mal, como hoy se ve, todo el mundo está en peligro. ¿Qué diferencia esencial hay de esto al comunismo?

Leemos en *La Democracia*:

«El PENSAMIENTO ESPAÑOL afirma con toda la formalidad que puede, que el magisterio público, que la enseñanza debe estar sometida á la dirección de la Iglesia.»

Esto no lo hemos dicho nosotros, sino el señor Moreno Nieto, en cuyos labios hemos sorprendido esta hermosa verdad.

La Nación, diario progresista, muestra toda la intolerancia, todo el menosprecio de las cosas sagradas, todo el orgullo de la escuela liberal á que pertenece, en las siguientes líneas:

«Un corresponsal de Consuegra da á uno de nuestros colegas la noticia de que hay en aquella población un esclaustro carmelita descalzo que se dedica á repartir sermones, en que asegura que todo liberal está condenado. Afirma además que, según una Enciclica del Papa, están escomulgados todos los lectores de *El Pueblo*, *La Iberia* y *La Democracia*.»

Es indudable: el pobre carmelita está tan descalzo de cerebro como de pies.

Anunciamos esta notabilidad, por arriba y por abajo descalzo, por si á la Unión liberal le conviene hacer de ella todo un Canónigo.

Ante todo el hecho, si no es falso, está desfigurado. No todo liberal está condenado; pero mucho es de temer que lo estén los que se sublevaron contra la divina palabra que les reparte el piadoso carmelita. Liberal que hace aspavientos oyendo á padres descalzos, mal camino lleva.

En cuanto á los suscriptores de *El Pueblo*, *La Iberia* y *La Democracia*, si asienten á las doctrinas de estos diarios, dignos son de toda compasión. ¡Pobres gentes! Se quejan de que se les excomulgue y no reparan que ellos mismos rom-

pen los vínculos de la fe y de la caridad católicas.

Pero ¿qué lenguaje para expresar el menosprecio que se hace de la religión! Un carmelita descalzo de cabeza, ¡bella imagen! Voltaire no hubiera admitido por auxiliares á los que así ofenden las leyes del buen gusto.

Se ha empeñado *La Discusión* en ver no sabemos qué relación entre los artículos de *El Pensamiento* sobre el discurso del Sr. Moreno Nieto y los propósitos de los diputados católicos de hacer alguna cosa de su parte para que sean corregidos los vicios de la enseñanza. Véase cómo se explica el diario democrático:

«Nuestras noticias acerca de los esfuerzos que el jesuitismo se prepara á hacer para librar nuevamente la batalla, en que pretende destruir la enseñanza, van adquiriendo confirmación en la actitud que los diarios neo-católicos toman al juzgar el discurso pronunciado por el Sr. Moreno Nieto en el Congreso.»

A la verdad no acertamos á comprender la razón que tenga *La Discusión* para confirmarse en sus presunciones ó temores viendo nuestros artículos sobre el expresado discurso del señor Moreno Nieto. Cabalmente algunos principios de este orador nos han parecido tan excelentes, que con algún rayo de luz, tomado de la lógica, y buena voluntad, que nos place atribuir al señor Moreno Nieto, es de presumir que si estuviera en su mano, corregiría muchos males de la enseñanza.

De todos modos, la verdad es que nuestros artículos, sospechosos para *La Discusión*, tocan sólo incidentalmente el punto de la enseñanza; su extensión es mayor, y su espíritu no es ciertamente de oposición al Sr. Moreno Nieto, cuya inteligencia no pertenece á la democracia, y aun puede decirse que con un tanto más de consecuencia será toda puramente católica.

Ayer dijo el Sr. Posada Herrera que cuando uno pasa la frontera tiene que bajar la frente al decir que pertenece á la patria de los periodistas españoles.

Ayer dijo el Sr. Posada Herrera que el año pasado pensaba haber presentado una enmienda en sentido preventivo contra la imprenta; pero que hoy rechaza el sistema preventivo, porque no tuvo tiempo de presentar aquella enmienda. Por manera que si hubiese tenido tiempo el señor Posada, el credo de la Unión liberal en materias de imprenta, sería hoy el nuestro.

Ayer dijo el Sr. Posada Herrera que era preciso bajar la frente al decir que pertenecía uno á la patria de los periodistas españoles.

También dijo ayer el Sr. Posada Herrera después de declararse partidario del sistema preventivo y restrictivo que era partidario de la libertad de imprenta.

En fin, dijo el Sr. Posada Herrera, que era menester bajar la frente humillada cuando en el extranjero tiene uno que decir que pertenece á la patria de los periodistas españoles.

La enmienda del Sr. Nocedal relativa á la imprenta, será sostenida hoy por el Sr. D. Manuel Herrero, diputado por Toledo. Sobre ella recaerá votación nominal, que será la primera que haya en el Congreso acerca de esta cuestión.

Dijo ayer en el Congreso el Sr. Casaval que la prensa era su madre.

Admirados nos tiene el valor del Sr. Casaval desde que le oímos reconocer en público semejante linaje.

El Sr. Calderón Collantes hizo ayer gala en el Senado de haber enviado á presidio algunos editores de periódicos.

Ya no nos admira tanto el valor del Sr. Casaval; tenemos que dejar una parte de nuestra admiración para el Sr. Calderón Collantes.

Nota. No será malo poner detrás de esta admiración unos puntos suspensivos compuestos de todas las obligaciones del Tesoro que están suspensas de pago.

Un periódico ajusta á la unión liberal la cuenta de lo que ha gastado en los diez meses que está gobernando el país.

Las partidas de cargo son las siguientes: 600 millones, producto de la subasta de trespas.

500 millones, producto de los billetes hipotecarios.

100 millones, préstamos hechos por el Banco.

60 millones, empréstito-Fremy.

100 millones, aumento que ha tenido la Caja de Depósitos.

El mismo periódico dice que según los antecedentes que tiene del empréstito Fremy, esta negociación costará al Estado un 20 por 100.

Haciéndose cargo *El Pueblo* de nuestro artículo de antes de ayer sobre la conducta del Gobierno español respecto del Soberano Pontífice, escribe:

«Bien deja conocer *El Pensamiento* que los únicos militares que conoce, con los que trata y con los que cuenta para sus locas pretensiones, son aquellos que sirvieron en las filas carlistas y que en Vergara rindieron las armas con que antes defendieron la tiranía y la superstición.»

¿Qué cándido es *El Pueblo*! Bueno fuera que para buscar socorros al jefe de la Iglesia acudiésemos á los liberales que son sus declarados enemigos.

Acercá del nuevo Banco nacional español escriben de Londres al *Telégrafo* de Barcelona con fecha del 7 lo siguiente:

«La noticia de que el Gobierno español va á con-

ceder á algunos capitalistas ingleses la formación de un Banco nacional en Madrid ha causado poca sensación en esta capital, porque los concesionarios, Sres. Haslewood, Scholefield, Harwey, Lewis, D. Chapman, W. Bailey y Kennard, no son más que los representantes de casas secundarias, y se duda mucho de que tengan bastante influencia para vencer las inmensas dificultades con que habrán de tropezar en su empresa. Todos, sin embargo, les deseamos el mejor éxito; á pesar de que el *Times*, interpretando las aspiraciones de la City, vuelve á repetir en su número de hoy, que en Inglaterra no se suscribirá ni un chelín al nuevo Banco, si no se arreglan por completo las cuestiones de la Deuda pasiva y de los cupones ingleses antes de emitirse las acciones. También se duda mucho de que las Cortes aprueben el proyecto del señor ministro de Hacienda, y por consiguiente de que el Banco llegue á establecerse.»

El Español insiste, á pesar de lo dicho ayer en el Congreso por el señor ministro de Hacienda, que no hay depósito que garantice el cumplimiento de sus obligaciones por parte de los concesionarios, y á este propósito escribe:

«No hay depósito, no hay depósito, no hay depósito, lo diremos y lo repetiremos en todos tonos.»

Y si hay alguien que diga que es una calumnia suponer que hay depósito, le contestaremos que falta abierta y descaradamente á la verdad quien sostenga que los veinte millones de reales, como el proyecto de ley exige, se han puesto en poder del Sr. Borrajo, ni en poder de nadie.

El tener la garantía de una casa de comercio, no significa absolutamente nada, porque esa casa puede quebrar, ó suspender sus pagos, ó cualquier otra cosa, y dejar al Gobierno con un palmo de narices.

«Pues es un grano de anís! ¡Veinte millones de reales!»

Y admitir la garantía de una casa de comercio! ¡Como si se tratase de unos cuantos miles de duros!»

No nos confundamos, pues, y no nos mistifiquemos, como diría el duque de Tetuan. El verdadero depósito no existe.

Y si existe, ¿por qué no se hace, como es debido, en la Caja de depósitos? ¿Por qué no se trae la certificación original á poder del Gobierno?»

«Farsa! Farsa! Farsa!»

Contestando á *La Correspondencia* en otro lugar, dice el periódico moderado lo que sigue:

«En *La Correspondencia* de anoche hemos leído con asombro lo que sigue:

«Si el Times ataca el proyecto del Banco nacional, otros periódicos ingleses, y entre ellos el *Morning-Post*, lo aplauden decididamente.»

El *Morning-Post* del 7 dice textualmente estas frases:

«The statements relative to the new Bank are generally discredited.»

Estas palabras fielmente traducidas dicen, que lo relativo al establecimiento del nuevo Banco ESTÁ GENERALMENTE DESACREDITADO.»

El Sr. Carulla, redactor de *La Esperanza*, ha recibido una carta muy satisfactoria del general carlista D. Luis García de la Puente, escrita por orden del Sr. D. Carlos de Borbon. En ella se felicita al Sr. Carulla por haber escrito la biografía del Sr. D. Pedro de la Hoz (que en paz descanse), y se le dan al propio tiempo las gracias por haber dedicado este trabajo al mencionado D. Carlos de Borbon.

Constando como consta en el parte oficial del jefe de nuestra escuadra en el Pacífico, que la fragata *Numancia* salía de Valparaíso con otros buques en busca del enemigo, nos parece que no puede darse crédito á la noticia que publica *La Epoca*, por más que la haya oído con referencia á personas que ocupan posiciones importantes en la marina.

Dice así el diario vespertino:

«Con referencia á personas que ocupan posiciones importantes en la marina, hemos oído asegurar que en la expedición que á estas horas habrá tenido lugar en el Pacífico, no deberá tomar parte la fragata *Numancia*, á pesar de cuanto se ha dicho en contrario. Así se decidió en junta de jefes para evitar cualquiera avería á consecuencia del escaso fondo de las aguas en que se han refugiado las escuadras chilena y peruana. En cambio iban otras tres fragatas de guerra y algunos de nuestros buques menores. La *Numancia* quedaría en Valparaíso custodiando las muchas presas que aun permanecen en poder de nuestra escuadra y preparada á todas las eventualidades.»

Se confirma al parecer que los buques blindados de Chile y el Perú han debido encontrar antes de llegar al Pacífico otros españoles superiores en poder, y que si han podido alcanzarlos habrán dado cuenta de las únicas fuerzas en que fundaban todas sus esperanzas las Repúblicas coligadas contra España.

Por lo demás parece que por el próximo correo no podrán recibirse en España noticias del segundo encuentro con la escuadra enemiga, porque la distancia entre Valparaíso y Chile es bastante notable, y nuestros buques la habrán recorrido despacio con objeto de economizar carbon, marchando á la vela.

Por otra parte, el 20 debió salir la *Numancia* y las dos fragatas que le acompañan para atacar á la escuadra chilena, y como el día 2 sale el correo no es probable que se tengan noticias á estas fechas del resultado de la expedición.

El Comercio de Cádiz publica las siguientes líneas que no sabemos conciliar con la noticia que ha circulado como cierta de que el *Huascar* y la *Independencia* se hallaban el día 4 en la isla de Madera.

Dice así el citado periódico:

«El vapor *Villa de Málaga* que antes de ayer llegó á este puerto, procedente de Lisboa, encontró en el cabo de San Vicente un buque de vapor blindado de guerra, al parecer de cuatro cañones de grueso calibre. Al aproximarse el vapor francés izó su bandera y aquel arboló en el momento la de

guerra turca, siendo de notar que el trage de la gente que iba á bordo no guardaba armonía con la nacionalidad que ostentaba. Dicho buque navegaba con proa al NO., y según parece su corte es muy parecido al del *Huascar* tal como lo pinta *La Ilustración* inglesa.

En Cádiz no se tiene noticia de que se halle por estos mares ningún buque blindado de la marina turca.

Cartas recibidas en Madrid de Buenos-Aires, con referencia á noticias llegadas de Chile por el correo terrestre establecido entre ambas repúblicas, manifiestan que, según se aseguraba en Santiago de Chile, los españoles se habían apoderado del puerto de Valdivia y la fragata *Blanca* había echado á pique al buque enemigo *América*.

Valdivia está situada en la costa de la Araucanía, á 340 kilómetros Sur de la Concepción.

Se ha declarado nula de Real orden la elección de diputado provincial por el distrito de Puigcerdá, provincia de Gerona, por ser el elegido alcalde de uno de los pueblos del distrito.

—Se ha resuelto de Real orden que las personas de color en Cuba puedan contratar el servicio de colonos asiáticos después que estos hayan cumplido sus compromisos con los empresarios que los importaron en la isla, pero no antes.

—Asegúrase que el general Bustillos insiste en la dimisión que tiene presentada, porque su estado de salud no le permite continuar en activo servicio.

—Ha salido para París, y ya debe encontrarse en dicho punto, el Sr. D. Ignacio Sabater, el cual, según dice *La Correspondencia*, lleva comisiones que no son extrañas á las cuestiones financieras que tanto están llamando la atención en estos días.

—Ayer tarde se reunió en el Congreso la comisión nombrada para dar su dictamen sobre el proyecto de ley de banco Nacional. Esta reunión no tenía otro objeto que oír las explicaciones del banco de España, para lo que habían sido convocados los individuos del consejo de este, Sres. Nestosa, Alvarez y Urquijo, quienes manifestaron los perjuicios que se les irrojan con el nuevo establecimiento y los derechos que por la ley vigente les estaban concedidos.

—Parece que el general Prim está en París: así lo refieren correspondencias recibidas de París.

—Ayer bajaron notablemente los fondos públicos: se dice que esta baja es independiente de la cuestión del nuevo Banco.

—Se ha suprimido el gobierno militar de Santander, por haber en aquella provincia el de la capital y el de la plaza de Santaña.

—Ayer se celebraron en la catedral y capilla de San Fernando de Sevilla, y en la Capilla Real de Madrid, exequias por el descanso eterno del alma de la difunta Reina Amelia.

—El Sr. D. José Benete, según vemos en *El Pueblo*, ha entregado á un diputado una nota que dicho diputado ha entregado al señor ministro de Hacienda, y por la que, según su proyecto, se promete desempeñar á la nación de sus deudas; quitar las contribuciones y consumos; traer metálico y gente del extranjero; aumentar el ejército y marina, estando estos bien retribuidos y ocupados los brazos en obras importantes.

—Gran cabeza debe tener el Sr. Benete!

—El 19 llegó á Cádiz en tres días de navegación la fragata *Teluan*, de 1,000 caballos, que ha mostreado en la travesía excelentes condiciones marineras, andando más de doce millas por hora. Es un buque de un aspecto magestuoso y de blindaje casiguil al de la *Numanca*. Difiere de esta en que es de madera, y en tener 40 cañones en vez de los 54 de la *Numanca*.

—Durante la sesión celebrada ayer por el Consejo de Estado, fué acometido el Sr. Sierra y Moya de un accidente que puso en grave peligro su existencia. Pocos momentos antes había hecho uso de la palabra el Sr. Sierra, discurriendo uno de los artículos del reglamento de los empleados de Ultramar.

—Mañana debe aparecer en la *Gaceta*, según *El Espíritu Público*, el nombramiento del general Lerundi para el cargo que ha de desempeñar en América. Ayer ha tenido una larga conferencia con el Sr. Cánovas del Castillo: el sábado debe salir para Deva á despachar asuntos de familia, y del 28 al 30 de este mes se embarcará en Cádiz en un buque de guerra que lo conducirá á la Habana.

—Habiendo dicho un periódico que el Banco de España estaba en tratos para fundirse con el proyectado Banco Nacional, *La Correspondencia* lo desmiente hoy apoyada, dice, en datos autorizados. Y luego añade:

«La marcha unánime del consejo de gobierno en esta cuestión, acorde con la que le han inspirado numerosos é importantes accionistas, es la de defender por todos los medios legales los derechos del Banco que creen lastimados por el proyecto de creación del Nacional: y no es menos inexacto que el Banco de España aspire á obtener la concesión que se trata de otorgar al Nacional con perjuicio de los bancos locales.»

—Al saberse en Barcelona lo del Banco inglés, las acciones del de la capital del Principado, bajaron diez por ciento.

—El Banco de aquella ciudad ha presentado á las Cortes una exposición contra el proyecto del Nacional: en ella hace constar que nunca ha dejado de pagar sus billetes á presentación.

—La comisión del Senado que ha de entender en el proyecto de ley sobre ratificación del tratado con China, se compone de los señores conde de Vegam y Javalquinto, marques de Miraflores, D. Alejandro Llorente, D. Francisco Rivas, don Leopoldo Augusto de Cuetio y Sr. Sierra y Moya.

—La comisión del Senado que entiende en el proyecto de ley de aprovechamiento de aguas, tiene ya terminado su dictamen, y espera sólo para presentarlo, á celebrar una conferencia con el señor ministro de Fomento.

—La subcomisión del presupuesto de Estado, Presidencia y Ultramar estuvo ayer tarde reunida

con asistencia de algunos de los ministros á quienes corresponden los presupuestos indicados. Parece, que de un día á otro dejará terminado su trabajo y lo pasará á la comisión general.

—Hoy se reunirá la comisión general de presupuestos para ocuparse del de Fomento que ha dado ya por concluido la subcomisión.

—Hoy que tanto se habla de Bancos, son curiosos los datos que á continuación insertamos relativos á los existentes en España:

«Desde la ley de 28 de Enero de 1856 datan los Bancos de Málaga, Sevilla, Valladolid, Zaragoza, Santander, Bilbao, Coruña, Jerez de la Frontera, Oviedo; Bancos que, con el de España, Barcelona y Cádiz, representan un valor efectivo de unos 350 millones.

El Banco de España desde 1855 á 1862, ámbos años inclusive, ha ganado lo siguiente:

En letras sobre provincias, 44.779.702 rs.; en letras sobre las cajas de Ultramar, 9.401.638; en pagares y billetes sobre la Tesorería central, 63.415.815; en obligaciones de bienes nacionales, 43.810.954; en diversos, 3.771.453. Total de operaciones con el Tesoro, 169.879.595 reales y 34 céntimos.

Total de operaciones con particulares, 51.504.227. Los precedentes datos que publica nuestro estimado colega *La Política*, demuestran evidentemente que el Banco ganó mucho con todos los Gobiernos habidos y por haber.

En otro lugar anunciamos que ayer se celebró en la Real Capilla un solemne oficio fúnebre por el descanso de la Reina María Amelia, viuda de Luis Felipe. Las pocas personas que fuera de la Real familia asistieron á tan piadosa función, tuvieron ocasión de oír una de las composiciones más notables del distinguido y respetable maestro Sr. Eslava. La Misa y el oficio que ayer se cantaron son obras acabadas del arte en que tantos laureos ha alcanzado nuestro ilustre compatriota: la ejecución fué digna de la nombradía de que gozan los profesores que están bajo su dirección. Se distinguieron especialmente los Sres. Pobo, Oliveres, Reguer y Gracia, sobre todo en el *Inviolatorio* y la *Sequentia*.

Los españoles solemos quejarnos con frecuencia de que no se aprecie debidamente en nuestra patria el mérito de sus hijos, y en verdad que algunas veces las quejas nos parecen justas. Obras hay de algunos de nuestros escritores clásicos que apenas son conocidas entre nosotros, y muchos son los que han encontrado en ajeno suelo los primeros admiradores de su talento y de la belleza de sus composiciones.

Recordamos esto al hablar del Sr. Eslava porque en más de una ocasión le hemos visto colocado por los más célebres maestros de Europa y por algunas revistas extranjeras entre las primeras notabilidades del arte musical, y apenas sin igual en la composición de música sagrada, y sin embargo, la reputación del ilustre navarro apenas traspasa en nuestra patria los círculos de los artistas.

El acreditado artífice platero y diamantista Sr. Moratilla está concluyendo una obra magnífica que bastaría por sí sola para darle reputación si no la tuviese ya muy merecida por anteriores trabajos salidos de sus manos. La obra á que nos referimos, en la cual trabaja hace años el Sr. Moratilla, es un tabernáculo hecho de encargo para la Habana, que figurará dignamente en la exposición universal de París. No se sabe que admirar más en él, si su estructura del estilo gótico y gentil del siglo XV, si la gallardía y ligereza de su conjunto, ó sus detalles tan perfectamente concebidos y ejecutados.

Pero lo que realza sobre todo el mérito de esta obra es el cincelado y el relieve de las estatuas, admirablemente concluidas, que guardan rigurosa armonía con todo su conjunto.

El Sr. Moratilla ha demostrado una vez más con su admirable trabajo, por el cual le felicitamos, que en España no faltan artistas de mérito que puedan competir con ventaja, á pesar de su modesto retraimiento, con los más renombrados de Europa.

El día 13 del corriente mes dará principio en la Iglesia de San Antonio del Prado el novenario que la Congregación del Santísimo Sacramento y *Divina Pastora* dedica á su tutelar y patrona. Todos los días por la mañana á las diez habrá Misa y sermón, y por las tardes á las cinco en punto se rezará la corona á la Divina Pastora, á que seguirá el sermón que predicará: el señor D. Basilio Sanchez Grande los días 13, 14, 15, 21, 22, y el Sr. D. Lázaro Prieto y Celada los 16, 17, 18, 19 y 20; después se hará la novena, cantándose los *Cantos, Santo Dios y reserva*, concluyendo con la *Letanía, Regina Celi y Magnificat* en el altar de la Santísima Virgen. Los días 20 y 21 están las Cuarenta Horas en dicha iglesia.

CÓRTESES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE
Extracto de la sesión celebrada el día 10 de Abril de 1866.

Abierta á las dos cuarto se leyó y aprobó el acta de la sesión anterior.

Se acordó que continuasen formando parte de la comisión inspectora de la Deuda pública los dos señores senadores que fueron elegidos en la última legislatura.

Se entró en la orden del día y continuó la discusión sobre la proposición del señor Corradi, relativa á la prensa.

El Sr. CORRADI rectificó el discurso que en la sesión anterior pronunció el señor ministro de Gracia y Justicia.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA manifestó que el propósito del Gobierno en materia de imprenta era el de cumplir la ley con estricta sujeción á sus preceptos, á fin de evitar que los periódicos discutiesen ni atacasen la religión, la Monarquía y la dinastía, dejando al propio tiempo una absoluta libertad para que pudieran hablar, criticar y censurar los actos del Gobierno, tanto políticos como administrativos. Estas eran las instrucciones terminantes que el orador había dado á los fiscales en materia de imprenta.

El Sr. SEIJAS LOZANO habló para una alusión, lamentando que fuese la quinta vez que el Gobierno actual procuraba aludirle como ministro del anterior Gabinete.

Manifestó que para poder aclarar de una vez lo que el Gobierno de que formó parte hizo en materia de imprenta, y lo hecho por el actual, esperaba que el señor ministro de Gracia y Justicia enviase al Senado una nota de las denuncias hechas por los agentes del Gobierno desde que este ocupó el poder hasta el día en que se sublevó el general

Prim, y con esta nota el expediente relativo á las órdenes dictadas al ministerio fiscal sobre la prensa.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA contestó al Sr. Seijas que se dirigiera al Sr. Corradi en esta cuestión y no al Gobierno, puesto que el señor Corradi había sido el provocador del debate.

Por lo demás declaró que el Gobierno no tenía inconveniente en llevar al Senado cuanto había pedido el señor Seijas.

El Sr. SEIJAS rectificó, asegurando que él no había querido entrar en la discusión que anunciaba, pero que al ver los repetidos ataques del Gobierno, no podía ya prescindir de hacerlo, y que así probaría que el ministerio había dejado de denunciar artículos que eran el escándalo de todos.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA replicó, que esos artículos que efectivamente produjeron el asombro de Europa, eran los que dejó pasar el ministerio de que formó parte el Sr. Seijas, ministro que se atrevió á declarar en un documento que asombró al universo, que había dejado pasar la publicación de aquellos artículos premeditadamente.

Por último, recordó que el Gabinete actual había conseguido que los tribunales juzgasen y castigasen á los periódicos enviando cinco editores á presidio, cosa que no sucedió en tiempo del señor Seijas.

El Sr. CORRADI rectificó y retiró la proposición.

El Sr. PRESIDENTE anunció que no habría sesión hasta el viernes próximo, y levantó de ayer siendo las cuatro.

CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el día 11 de Abril de 1866.

La sesión empezó á las dos, bajo la presidencia del Sr. Rios y Rosas.

El Sr. BALLERAS preguntó al ministro de la Gobernación si estaba dispuesto á recompensar los servicios prestados por corporaciones y particulares durante la pasada epidemia.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que pensaba dar estas recompensas, pero que esperaba las propuestas de todos los gobernadores para distribuir las con equidad.

El Sr. CANDAU preguntó al ministro de la Gobernación si estaba dispuesto á abonar á los artesanos que trabajaron en el teatro Real las cantidades que se les debían, y que ascienden á 90,000 duros.

El ministro de la GOBERNACION dijo que el expediente formado sobre este asunto presenta tales oscuridades, que ninguno de los ministros de los diferentes partidos se ha atrevido á resolverlo; pero ofreció que lo examinaría de nuevo.

El señor marques de TORREBLANCA preguntó al ministro de Hacienda si pensaba traer á la comisión de presupuestos un suplemento de crédito para pagar algunas contratas ya cumplidas.

El señor ministro de HACIENDA: Recuerdo, en efecto, que me hizo S. S. esa pregunta, y que encargó que me dieran cuenta del expediente que no conozco; pero atenciones perentorias del servicio me han impedido examinarlo.

Ya que estoy de pie, contestaré á otras preguntas que ayer se sirvió hacerme el Sr. Cardenal. Preguntaba S. S. si estaba hecho ó no el depósito para el proyecto de Banco de emisión y descuento, y en segundo término si este proyecto se ligaba en alguna manera con la cuestión á que dió lugar la reducción á la mitad del capital de los cupones de la renta del 4 y 5 por 100, no satisfechos desde 1841 á 1851.

En cuanto al primer punto, no tengo sino que repetir lo que dije en la sección á que pertenecía, hablando de este mismo asunto. El depósito está hecho por la comisión de Hacienda en Inglaterra en un Banco ó sociedad inglesa, y después de consultar, á fin de que el depósito fuese eficaz, con un letrado inglés, se ha consignado en el documento de depósito, que original conserva el jefe de nuestra comisión de Hacienda en Inglaterra, la cláusula expresa que, si otorgada la concesión no cumplían los concesionarios estableciendo el Banco, perdían el depósito que adquiriría el Gobierno español: son palabras de la cláusula.

En cuanto al segundo punto, que consiste en saber si ese proyecto de Banco tiene alguna relación con la cuestión de cupones, será tan explícito como acabo de serlo respecto del primero. El proyecto que tuve la honra de traer á las Cortes, y que está sometido en este momento á su deliberación, es lo que es, es lo que el mismo proyecto dice, lo que espresan sus artículos, ni más ni menos; al votarle las Cortes, no votan mas que lo que dicen esos artículos. Cuando el gobierno de S. M. entienda que es oportuno y conveniente á los intereses del Estado preparar cualquiera medida que tenga por objeto estrechar, afirmar y consolidar relaciones comerciales entre el pueblo inglés y el español, ó resolver de esta ó de la otra manera cualquiera cuestión que pueda pesar sobre nuestro crédito, formulará el correspondiente proyecto, la presentará á las Cortes, y las Cortes le votarán con plena libertad, con la misma libertad que pueden votar ahora el proyecto que sobre la creación de ese Banco está sometido á discusión.

El Sr. CARDENAL: Antes de nada debo dar gracias al señor ministro de Hacienda, por la bondad con que se ha apresurado á contestar á mi pregunta, que en sí, por hacerla yo, no valía la pena; es de importancia por lo que ella significaba.

Habría deseado que el señor ministro de Hacienda se hubiera servido decirnos la sociedad mercantil, banco ó caja en que está consignado el depósito de ese millón de duros. Habría deseado más; pero en las breves palabras de S. S. encuentro la contestación, que era saber en poder de quien se halla el documento en que consta la seguridad de ese depósito; pero por lo que acaba de manifestar el señor ministro, veo que está en poder del presidente de la comisión de nuestra deuda. De todos modos, yo supongo, que como el asunto es de importancia, se habrá levantado testimonio, ó sacado copias auténticas, porque la cosa vale la pena, no sólo por la cantidad que se ventila, sino por la importancia del negocio á cuya seguridad responde, y desearía que se nos remitiera ese testimonio, esa copia que debe existir, ya que

no el original que todavía parece que está en poder de los ingleses, no del Banco, sino de los ingleses de Londres.

Por lo que hace á la segunda parte, es decir, al enlace que pudiera tener la creación del Banco nacional español, de los cinco ingleses, con la cuestión de los cupones, deduzco de las frases del señor ministro que no tiene todavía pensamiento alguno sobre esta trascendental y ruidosa cuestión, porque....

El Sr. PRESIDENTE: Ruego á V. S. que tenga presente que está rectificando.

El Sr. CARDENAL: Consignaba pura y simplemente un hecho, y estaba diciendo ó iba á decir, que tenía alguna razón ó motivo para felicitarle de la pregunta que hice ayer, porque ayer me refería á frases más ó menos explícitas de la prensa española, y hoy tengo ya que referirme....

El Sr. PRESIDENTE: Siento volver á recordar á V. S. que está rectificando, y en mi concepto, escediéndose del límite de las rectificaciones.

El Sr. CARDENAL: Siento mucho que el señor presidente crea que me escudo de mi derecho; sin embargo, espero de su benevolencia que me consienta terminar la frase. Decía que ayer tenía que referirme á lo dicho por la prensa española, y hoy puedo ya referirme á palabras de la prensa inglesa, que dice que no saldrá de allí ni una peseta sin el reconocimiento de los cupones. Yo supongo que el señor ministro de Hacienda conoce mejor que yo la opinión de la prensa inglesa; pero, sin embargo, bueno es que conste que sobre las razones que yo tenía, fundadas en lo que dice la prensa española, hay otra más fuerte, fundada en lo que dice la prensa inglesa por uno de sus órganos más autorizados.

El señor ministro de HACIENDA: El Sr. Cardenal no ha interpretado bien mis frases, que creo son bien explícitas. Yo he dicho que el documento, que la carta de depósito, le tenían, no los ingleses, sino el Sr. Borrajo, jefe de la comisión de Hacienda; y por consiguiente, cuando ese documento está en poder de ese funcionario, está en poder del Gobierno español. Añado ahora, y declaro, que ese depósito se trasladará á la Caja de Depósitos, si el Congreso ó la comisión así lo desean. Por lo demás, creo que estas pequeñas cuestiones no corresponden á la importancia de este asunto.

En cuanto al otro particular, yo insisto en lo que antes he dicho respecto del mismo. La opinión de un periódico será más ó menos exacta, reflejará más ó menos una influencia favorable ó desfavorable á un pensamiento financiero de personas que no influyen en su periódico; pero yo de eso no sé nada, no tengo nada que saber. Los que han solicitado la concesión habrán calculado bien lo que hacían: yo no tenía que hacer más que ver si su propuesta era conveniente, y si debía aceptarla desde el punto de vista de mis ideas. Por lo demás, repito que el proyecto es lo que es, que no es que yo no tengo pensamiento alguno sobre la cuestión á que ha aludido S. S.; es que, como Gobierno, me reservo contestar ó no, según me parezca conveniente á los intereses del país, y sobre todo fijar el momento oportuno en que deba contestar ó en que deba obrar.

En este sentido he contestado en este sitio, si no recuerdo mal, á propósito de una pregunta que me dirigió el Sr. Moyano. También el Sr. Moyano á otro señor diputado, que no recuerdo bien quien me interpuso sobre este asunto, quería saber el pensamiento del Gobierno, y yo me reservé contestar, porque es indudable que el Gobierno tiene el derecho de aplazar la respuesta á una pregunta de este género, de decir en el acto una parte de su pensamiento, ó de ocultarle por completo; porque lo que está bajo la censura de los Cuerpos colegisladores son los actos de los ministros, y de ninguna manera sus propósitos ó pensamientos.

El Sr. CARDENAL: Había yo entendido que S. S. ignoraba el Banco ó sociedad mercantil en que se había hecho el depósito del millón de duros; no había yo entendido mal al creer que ese documento obrase en poder del presidente de la comisión de Hacienda en Londres, que es la representación del Gobierno español; lo que dije es que el señor ministro no tenía noticia de la caja inglesa en que se había hecho el depósito, y sin duda no crea yo mal cuando S. S. no nos ha dicho nada en su segunda explicación.

El señor ministro de HACIENDA: Pues lo diré ahora.

El Sr. CARDENAL: Respecto á la segunda cuestión, declaro leal y francamente, que no había entendido lo que S. S. ha dicho después. Yo había entendido, y rectifico mi propio concepto, que su señoría no había creído oportuno pensar en eso, y que no habiendo pensado, mal podía tener relación con ese otro asunto; y ahora, en esta segunda explicación, ya nos dice que tiene un pensamiento, que no cree oportuno decir hoy, y que en uso del derecho que le da el reglamento, se le reserva. Conste, pues que hay pensamiento, que lo único que hace S. S. es no decirlo, y esa reserva en cuestiones tan graves. (Risas.) Siento mucho que la risa de los señores diputados quite algo de importancia al asunto á que me refiero, y siento mucho que en asunto tan grave y que tanto se presta á jugadas de Bolsa, no haya la claridad necesaria.

El señor PRESIDENTE: Está V. S. abusando de su derecho notoriamente y no puedo permitirlo.

El Sr. CARDENAL: Pues me siento.

El señor ministro de HACIENDA: Voy á reparar una omisión en que por lo visto he incurrido. El depósito está hecho en London *Agency Corporation (Limited)*, así se titula la compañía inglesa que ha recibido el depósito, y de cuya solvabilidad ha sido garante uno de los Bancos ingleses más antiguos y mejor reputados de Inglaterra, á quien por cierto se consultó antes de hacer el depósito por el jefe de la comisión de Hacienda en Londres.

Y reparada esta omisión, debo decir al señor Cardenal, que es inútil que S. S. se empeñe en sacar deducciones de mis palabras, á propósito de cosas que yo no quiero decir. Yo conservo mi completa libertad de acción, sin que me asusten jugadas de bolsa. Yo no creo que á un Gobierno se le puede exigir la responsabilidad en asuntos de cierta importancia, si no se le deja libertad de acción. Yo así entiendo el gobierno de un país: tengo muy tranquila mi conciencia, y no me asus-

tan ciertas frases; estoy seguro de que mi país me hará justicia esta vez, como me la ha hecho otras veces luego que he dejado el poder; estoy seguro de que todo el mundo reconocerá en esto mi rectitud, como la ha reconocido siempre.

Yo ya tengo más de una ejecutoria de honradez, y por lo tanto, si bien puedo equivocarme, no me asustan fácilmente ciertas cosas, lo que deseo únicamente es hacer el bien á mi país. ¡Ojalá que Dios me dé fortuna y acierto! S. S. quiere provocar explicaciones sobre esta cuestión; y yo, que estoy en mi derecho, me reservo entrar en ellas.

El Sr. CARDENAL: Yo ruego al señor presidente, tan justo y benévolo conmigo, que se haga cargo de que ciertas frases no pueden menos de tener cumplida é instantánea respuesta.

El señor ministro de Hacienda dice que no le asustan ciertas frases, que no se le impone, que descansa en la rectitud de su conciencia. Ante todo, debo decir en mi propio nombre y en el de mis compañeros de minoría, que no hemos tenido nunca; que no tendremos jamás el propósito de lanzar desde aquí frases que puedan imponer, que puedan coartar la libérrima acción del Gobierno. Nosotros no usamos jamás de ciertos medios de oposición; nosotros respetamos la honradez y la probidad de todos, y tenemos derecho á esperar que se respete la nuestra.

Conste que yo no he tenido, ni podido tener semejante pensamiento: yo he creído cumplir leal y noblemente el deber que me impone mi cargo de diputado de la nación, así como el señor ministro cree cumplir con el que le impone su alta posición oficial. No le asustan á S. S. ciertas frases: tampoco á mí me asustan retenciones de ningún género cuando cumplo con mi deber.

Por lo demás, siento mucho quedar cada vez menos satisfecho con las explicaciones del señor ministro: ó no lo entiendo, ó aquí no ha habido tal depósito, sino una garantía de depósito....

El Sr. PRESIDENTE: Pero está S. S. rectificando, no puede S. S. discutir. S. S. ha visto que en la primera parte de su rectificación le he dado cuenta libertad ha podido desear; ahora quiere V. S. discutir, y no se puede discutir. Eso es objeto de una interpelación; si S. S. quiere hacerla, está en el derecho de poder dirigirla cuando tenga por conveniente.

El Sr. CARDENAL: Deseando no perder el tiempo, deseando ganar aquí dos ó tres minutos lo que puede ser objeto de una discusión más larga....

El Sr. PRESIDENTE: Como se pierde el tiempo es faltando al reglamento y haciendo diálogos, y discutiendo por medio de diálogos lo que no hay términos hábiles para discutir.

El Sr. CARDENAL: Pues conste que no está satisfecho el objeto de mi pregunta, puesto que ahora veo que no hay depósito, sino garantía de un depósito.

ORDEN DEL DIA.

Imprenta.

Continuando la discusión de ayer, dijo el Sr. CASANUEVA: La importancia de la cuestión actual la hacía resaltar el Sr. Casaval de lo reaccionario del proyecto según S. S. El Sr. Casaval llamó aquí á juicio á todos los partidos: decía que la unión liberal no lo era; se lamentaba de la indiferencia con que á su ver el Congreso y el país miraban esta discusión, y censuraba el dictamen de la comisión como contrario á la libre emisión del pensamiento.

S. S. se quejaba de que el país tenía el mal gusto de prestar más atención á las cuestiones económicas y de no cuidarse de la de imprenta.

Paréceme que S. S. llevado de su amor á la prensa y desu desamor á la situación actual, se ofusó algún tanto, porque ó se proponía censurar á los que á la sombra de la mágica palabra economías piden tréguas á la política, ó yo no entiendo cuál era su objeto. Pero si esto es así, los amigos de S. S. no el gobierno, que antes que proyectos económicos los ha tratado políticos, serían los que habían dado un signo manifesto de decadencia.

La bandera de economías fué en 1850 un ariste de guerra para escalar el poder. ¿Es que por sí acaso lo habíamos olvidado lo recordaba ayer el Sr. Casaval? No ha sido la mayoría la que ha levantado como estandarte de guerra la bandera de economías.

Tampoco ha comprendido S. S. cuando decía que su actitud era desfavorable, porque la prensa no tenía hoy popularidad. Nada debo á la prensa; no siento hacia ella aversión, y no tengo motivo para profesarle amor de hijo; pero me parece que la juzgo con más justicia rechazando las apreciaciones del Sr. Casaval. ¿Por qué S. S. no ha de buscar otro género de interpretación á esa indiferencia que tanto le molesta? ¿Por qué no ha de creer S. S. que la indiferencia de que se queja se debe á que el proyecto no lastima en nada la libertad de imprenta?

Señores, para hacer la oposición se dice que la imprenta hoy no tiene popularidad y está mirada con desden. El Sr. Casaval, no contento con estas indicaciones, dirigidas unas veces al país, otras á ciertos círculos, nos retrataba á la prensa de tal manera, que infiero que sin ser tan entusiasta admirador suyo como S. S. no hallaba parecido el retrato.

La prensa, decía S. S., no enseña; el periodista desempeña un oficio mercantil; es como los corredores de comercio; recogen los hechos, las ideas; son los medios de trasmisión de ideas que no crean, y añaden: «Lo que hace la prensa es referir las conversaciones y los hechos del día anterior; y el que lo hace más artísticamente es el mejor periodista.» Señores, si el derecho político es ese, ¿cómo extrañar que el Congreso y el país no se cuiden de una cosa que no está destinada á enseñar al pueblo ni aun siquiera bajo el punto de vista político?

No conozco los arcanos del periodismo: pero ni es ese mi ideal del periódico, ni esa la prensa en que han pensado las leyes. Podrá ser esa la triste realidad, pero será la realidad desconsoladora. ¡Cómo! ¡Un periodista no tiene otra misión respecto de las ideas que lo que hace *La Correspondencia* con los hechos y cuentos de vecindad! El periodista, que así entendido, es natural que escriba hoy lo contrario que el día anterior, porque encuentra corrientes distintas, ¿puede ser ese el periodismo? Yo me admiro de que el Sr. Casaval, en vez de presentar á la prensa como debía ser, si

no lo es, cosa que ignora, la presentará ayer a la consideración del Congreso bajo un aspecto poco lisonjero.

Yo quiero una prensa que tenga ideas propias y que no escriba sino el que pueda concienzudamente hacerlo en beneficio de su país y de su partido. El escritor no tiene por misión recoger las ideas de ayer, sino sostener las de su partido con consecuencias y constancia.

La Unión liberal, decía el Sr. Casaval, no es partido; es un accidente de la política. En su primer periodo hasta 1865 debió cumplir su misión de negación, y la cumplió bien. Empezó su periodo de afirmación en Junio de 1865, y lo empezó bien; pero después el ministerio ha abandonado ese camino, y presenta soluciones reaccionarias. Estudiemos, señores, el estado de la sociedad, y veamos si hay sombra de exactitud en el juicio formado por el Sr. Casaval.

Luchar de frente contra la opinión; dificultar la introducción de cualquier novedad; encerrar al pueblo en una red tupida de medidas preventivas, esta es la síntesis que yo he formado de ciertas opiniones que, a juzgar por una enmienda a este proyecto, se han de defender aquí otra vez. El partido moderado no va tan lejos; pero preocupado por su amor a las medidas preventivas, no bien siente la posibilidad de que se presente un falucho contrabandista, se prepara, a título de proteger al comercio lícito, a sufrir todo género de vejaciones.

La desconfianza hacia el país y hacia al Parlamento ha venido a ser una de las bases de la política del partido moderado, el cual se obstina en no hallar diferencia entre la época actual y las de 1844 y 1848. Lo que hace con esto es comprometer los intereses que afecta defender.

La sociedad y el individuo, se dice desde el campo más opuesto, son ya mayores de edad. Disipad vuestros temores; conceded libertad absoluta de imprenta, de asociaciones, de reunión. Entregad el pueblo a sí mismo: no hay reforma para que no esté maduro.

¡Ah, señores! Hay muchas almas generosas que así piensan; pero también hay muchas de cuya sinceridad nos es permitido dudar. Y en esta situación de los partidos, ¿cuál es la misión de la Unión liberal?

La Unión liberal aceptó desde un principio la Constitución de 1845; pero ha tenido siempre la legítima pretensión de que esa Constitución ha de ser constantemente aplicada con espíritu verdaderamente liberal, y nunca ha dejado de proclamar el respeto a las prácticas parlamentarias. La Unión liberal desea asegurar de un modo ordenado y pacífico la intervención del pueblo en la gobernación del Estado; pero no lleva su delirio hasta ofrecerle en holocausto el orden público y la justicia. Esto es la Unión liberal, y esto es el juicio de sus mejores intérpretes.

Yo recuerdo lo que en Junio de 1860 decía el señor duque de Tetuan a un ilustre progresista, y lo que decía el Sr. Posada Herrera al Sr. Rivero. «El Gabinete, decía el duque de Tetuan, ha reunido constantemente las Cortes y no ha tenido miedo de gobernar con ellas. Nunca está mejor el Gobierno que cuando se halla entre los representantes del país.»

En la sesión siguiente, contestando el Sr. Posada al Sr. Rivero, decía: «La Unión liberal tiene un credo que lo ha sintetizado admirablemente el presidente del Consejo el día de ayer. Después añadía S. S.: «Cree el Sr. Rivero que en los países que cita hay muchos que predicán diariamente que se debe destruir lo existente? ¿Cree que en los Estados Unidos se podría fundar un periódico en favor de la Monarquía? ¿Cree que allí están muchos juramentados para salir a la calle a destruir las leyes fundamentales del Estado? Pues si no lo cree, se convencerá de que en los países donde es otra la situación corresponde a los Gobiernos otra conducta.»

En 1860 la Unión liberal celebró con Su Santidad el convenio relativo a la desamortización. La Unión liberal publicó una ley de Gobierno liberal; publicó después la ley electoral vigente y un reglamento de empleados, y está sometido al examen de la comisión un proyecto de ayuntamientos, que tampoco puede ser tachado de reaccionario. Tenemos, pues, leyes importantísimas que obedecen a un criterio elevado, distinto del de los partidos radicales y del moderado.

Someta el Sr. Casaval esas leyes al juicio del señor Catalina, y verá cómo no las admite como expresión del credo del partido moderado.

Yo no tengo por qué recordar el manifiesto del partido progresista. Si distantes están estas leyes de los principios moderados, tan distantes, si no más, están de los partidos radicales. Yo he entendido siempre que los partidos no forman credo: se forman con sus tradiciones y con sus actos más que con sus dichos y sus escritos. La Unión liberal, pues, aun más que por lo que ha dicho, tiene por sus hechos condiciones de partido, y pues gobierna con el Parlamento y por el Parlamento, y se somete con sinceridad a las prácticas parlamentarias.

Pero el hecho es, nos dice el Sr. Casaval, que el proyecto que se discute no obedece a las reglas de ningún sistema, y es preciso que sepamos si se nos conduce por el camino de la prevención directa, de la indirecta o de la libertad absoluta. La contestación es fácil: el camino que siempre ha seguido la Unión liberal en esta materia ha sido el someterse a los preceptos de la Constitución: la libertad constitucional con represión, que es lo que servía de criterio para el proyecto de 1859. Todo español puede imprimir sus ideas libremente sin previa censura; primera parte del artículo constitucional.

El Sr. Catalina decía que ese artículo, o no tenía sentido, o autorizaba en su segunda parte que las leyes anulasen o limitasen este derecho. Oí después al Sr. Casaval, y decía S. S.: la Constitución sanciona la libertad absoluta con represión: la primera parte se consagra a la libertad absoluta, y a la represión la segunda.

Nunca he creído que esa es la recta inteligencia de dicho artículo. Cierzo que la Constitución establece que todo español pueda imprimir sus ideas libremente. ¿Pero qué ideas? ¿Todas las que se le ocurran? ¿También las relativas al dogma y a la persona del Rey? Decía el Sr. Catalina que no hay derecho contra derecho, y es verdad. La Constitu-

ción concede libertad a la imprenta, pero dice: «La Religión católica es la única que profesan los españoles, religión que prohíbe que se escriba ni publique nada sobre el dogma sin licencia del obispo;» y otro artículo dice: «La persona del Rey es no sólo inviolable, sino sagrada;» es decir, indiscutible. El Sr. Casaval prescinde de estos dos artículos de la Constitución, y supone que ésta proclama el libre examen.

No es eso lo que ha pensado la Unión liberal; la Unión liberal en 1860, cuando trajo su proyecto de imprenta de un modo indirecto, estableció la previa censura para asuntos de dogma. Vino después el Concordato, y tenemos concordada la previa censura para esta clase de escritos. ¿Y qué se deduce de todo esto? Lo que yo deduzco es que la Constitución usa un lenguaje técnico, y no olvidando el principio de que no hay derecho contra derecho, permite la discusión de todas las materias discutibles según la Constitución misma: yo no sé cómo puedan combinarse todas sus disposiciones sin admitir la diferencia necesaria entre las materias discutibles y las que no se pueden discutir, que son la Religión y el Rey.

No es, pues, posible admitir el criterio de la libertad absoluta con represión, sino que debe admitirse el de la libertad constitucional con represión.

Lo que la Unión liberal quiere es que se clasifiquen bien los delitos que se cometen por medio de la prensa; que se deslinen bien los delitos comunes y los delitos de opinión. Hecha esta clasificación, la Unión liberal aspira a que la prensa se sujete al Código penal sin privilegio alguno; que haya igualdad completa ante la ley en cuanto a los delitos comunes.

Los delitos especiales de imprenta pueden calificarse, más que delitos, de excesos. Su catálogo, en circunstancias como las que atravesamos, puede ser más o menos largo; pero en circunstancias normales no hay ninguno de esos excesos que tenga condiciones de gravedad. En ese caso es cuando puede decirse que estas cuestiones se resuelven con el criterio de la libertad. Esas palabras *criterio de la libertad*, que tanto se han comentado, se refieren, pues, a los excesos especiales de la imprenta, no a los delitos comunes cometidos por su medio.

Suponiendo el Sr. Casaval que en el art. 1.º del dictamen se resumía el pensamiento mortífero de la ley, decía: ¿a qué sistema obedece ese artículo? ¿No es al preventivo? ¿Por qué no traer una ley de imprenta? La comisión, al poner el art. 7.º que ha puesto, ha dado la contestación al Sr. Casaval. La Unión liberal no cree que la legislación de imprenta vigente esté enteramente ajustada a sus principios. No puede en esta legislación traer una ley completa; y no pudiendo tampoco tolerar cierta clase de delitos, que podía dar lugar a graves conflictos, ha traído este proyecto, que no es la expresión última de sus opiniones en la materia. La comisión, pues, ha añadido ese art. 7.º, que no es más que recoger los hechos y presentar los antecedentes como el Gobierno ha querido que se presentaran.

El art. 1.º, dice el Sr. Casaval, puede ahogar la discusión en la prensa. Supóngase que envuelve un acto inconstitucional porque se entiende que se impone una pena a los editores y se crea contra ellos un privilegio odioso, injustificable e innecesario.

Señores, si el derecho de que usa el editor es un derecho político, no comprendo más que como un privilegio el que pueda seguir firmando el periódico cuando tiene sobre sí un auto de prisión. No hay ley entre nosotros que no reconozca el principio de suspender el ejercicio de los derechos políticos a los que tengan contra sí auto de prisión. La ley electoral y todas presuponen que el preso no tiene derecho político. Cuando un individuo ejerciendo un cargo público tiene auto de prisión, no puede seguir ejerciendo ese cargo: este mismo principio se consigna en la ley de sanción penal para delitos electorales, que castiga al elector inscrito en las listas que vota teniendo contra sí auto de prisión.

Yo veo todos los días que un reo tiene derecho para asistir a la vista de su causa. Figúraos un diputado contra el que se dicta auto de prisión, y que pide que con el grillete al pie se le conduzca aquí. Figúraos eso mismo con el diputado provincial y con el concejal. Imposibilidad material de esto no hay, porque el Estado tiene fuerza bastante para hacerles volver a su prisión después de conducidos a donde tienen derecho a ir.

Pero, señores, el derecho subsiste hasta que la sentencia se lo quite: lo que hay es que el ejercicio del derecho está suspendido; está en esa interdicción que debe existir entre la acusación y la sentencia. Si el preso, por un hecho que siendo cierto le inhabilita para gozar de derechos políticos, es condenado, esa condena debe tener efecto retroactivo al tiempo en que cometió el delito. Así como el poseedor de una finca, desde el instante en que se le demanda no puede enajenarla, así el que tiene un derecho político desde el momento en que se le acusa de un delito por que debe perderlo no puede usar de él hasta que la sentencia no le declare indemne.

Confieso que la prensa ha prestado grandes servicios al país y a la libertad; pero lo cierto es que ella es la que está colocada en una situación manifestamente inconstitucional. Dice la Constitución que todo español tiene derecho a imprimir sus ideas, no las de otro; y desde el momento en que el periodismo político es el primero que se ha colocado detrás de un editor subvencionado, el periodismo político es el primero que se ha colocado fuera de la Constitución. Desde el momento en que hubiera seguridad de que el que escribía y firmaba era el padre de la idea, no entiendo cómo podría defenderse el editor responsable, ente raro que hemos creado en interés público, y que suponiéndose autor del artículo asume su responsabilidad. Este editor asegura la impunidad del autor de la idea, el cual burla la acción de las leyes, y por consiguiente el art. 2.º de la Constitución.

Todas las profesiones dan garantías a la sociedad: la única que no las da es la imprenta. Todas las profesiones hacen sus pruebas, y sólo acreditando su suficiencia se les expide el título. ¿Es mal sistema? Cambiense: pero si no aplicásemos a todas las profesiones. Los periodistas prueban que tienen ideas que ofrecer al público; demuestran su sufi-

ciencia, y así el artículo constitucional contendrá una disposición verdad, suprimiendo el editor y toda otra cosa que se le parezca, y limitándose cada uno a firmar lo que realmente escribe.

Concluyo, porque he abusado de la benevolencia de la Cámara más tiempo del que hubiera querido, diciendo que las circunstancias actuales son críticas y difíciles, y que habiéndonos traído a ellas la impaciencia de los unos y los desaciertos de los otros, nunca más que ahora es preciso que los que dirijan la nave del Estado tengan en cuenta que no tanto interesa caminar veloz como no estrellarse contra alguna oculta roca. Por eso yo rogaria aun a los diputados que dan a este proyecto un colorido que no tiene, que consultando sólo su patriotismo no se detengan en consideraciones que no sean de gran monta, y que no habiendo en el dictamen nada que contrarie la libertad de la imprenta se sirvan darle su aprobación.

El Sr. HERRERA usó de la palabra consumiendo el tercer turno, condenando enérgicamente el proyecto.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Señores, entre las desgracias de la vida ministerial, no es una de las menores tener que hablar cuando no se tiene gana de hacerlo. Yo hubiera dejado que contestaran los individuos de la comisión; pero debo contestar al Sr. Herrera, y lo siento tanto más, cuanto tengo que hablar de cosas que se sé ríamente no creo, porque no creo que por aprobar esta ley peligre en nada la libertad de imprenta, que seguirá libre como hoy. No puede peligrosar esa libertad, porque yo no creo que haya más medio de impedir que la ley del Sr. Nocedal, con media docena más de tornillos que le faltan todavía. Desde que el escritor puede publicar sus escritos sin aprobación de la autoridad, la libertad de imprenta existe y sólo dejarán de usarla los que cometen crímenes por medio de ella.

¿Hay, pues, nada más natural que este proyecto de ley? No; cuando hay ciertos delitos que se cometen con mucha frecuencia, se aumenta la penalidad o se desahoran esos delitos, y esto es lo que el Gobierno propone para la imprenta. Había un fuero militar y otro eclesiástico; se cometían ciertos delitos, y la legislación penal los desahoraba considerando a los que los cometían indignos del privilegio que la ley les concedía. ¿Es cierto o no que la imprenta sea ha propuesto atacar de un modo inusitado y virulento a altas instituciones, y en general a las personas? Pues si esto es cierto, tenemos que hacer lo que se ha hecho siempre en el derecho común español, el cual establece que cuando sobre un español recae auto de prisión, pierda este sus derechos políticos, existiendo sólo un privilegio especial para los editores de periódicos que, sin embargo, están sujetos a la legislación común cuando se trata de delitos comunes.

Trátese además de una clase de delitos cuya sospecha puede evitar el escritor, porque en estas cuestiones no pueden los escritores estraviarse más que a sabiendas, y por consiguiente el Gobierno no podría matar los periódicos si hubiera de reducirse al artículo 1.º de esta reforma para hacerlo, porque los escritores podrían evitar perfectamente que se prendiese a los editores.

Yo no sé por qué el Sr. Herrera cree que ese proyecto esté en contradicción con los antecedentes de la Unión liberal: de la Unión liberal histórica decía S. S., y yo creo que lo decía para indicar que enfrente de esta Unión liberal histórica, inconsecuente e ignorante, había otra filosófica, consecuente, sabia, verdadera, y tan sublime, que donde quiera que está es el elemento constante de la desunión liberal.

Y cuenta, señores, que yo no digo esto para inculpar al Sr. Herrera. No: esa es cuestión de carácter.

S. S. nos decía que si trájeramos otra ley, de otro modo, la apoyaría. Imposible: con solo que trajera yo aquí un proyecto de ley redactado por S. S., de tal modo le había de desconocer, que no le votase, porque S. S. y sus amigos ven siempre en los ministros una cosa distinta de la que SS. quisieran ver.

S. S. decía hoy que este proyecto nace de cierta frase mía que yo esquivé ya en otra ocasión, y que no necesitaba volver a explicar hoy; mucho más cuando entonces S. S. pareció quedar convencido; y, sin embargo, hoy vuelve a recordarla, y creo que la recordará otra vez si media algún otro debate político entre S. S. y yo.

¿Pero por qué no podíamos nosotros presentar este proyecto de ley? ¿No hemos dicho siempre que era menester hacer todo lo posible para que no se discutiera lo que no se debe discutir? Yo tenía preparada una enmienda para este objeto cuando estaba en la oposición, por si hubiese venido a discusión la ley del Sr. González Brabo. Esa enmienda la vieron muchos de mis amigos. ¿Cómo, pues, no he de ver hoy como entonces?

Ni el Sr. Cánovas ni yo, que hemos sido los que hemos tenido que hacer en estas cuestiones, creemos que está esto muy fuera de nuestros principios. Pues qué, si fuera menester salirse de los principios represivos para defender ciertas instituciones, ¿no habíamos de acudir a los preventivos antes que dejar a estas que perecieran? Yo creo que es mejor hacer esta reforma que dejar que la imprenta se desacredite no usando más que de la injuria y de la calumnia, y sirviendo de zapa para minar todas nuestras instituciones. Demos completa libertad a las ideas, a las cuestiones científicas; pero no se las demos a la injuria y a la calumnia, que no se pueden defender ni aquí ni en parte alguna.

En este sentido, señores, he dicho en cierta ocasión que yo quería que todas las cuestiones se resolviesen por el criterio de la libertad; pero no es exacto que yo hablara de todas las cuestiones, hasta de las religiosas; de intento dije: las políticas, económicas y sociales, y callé las religiosas por temor a la interpretación del vulgo, no porque no quisiera ese mismo criterio bien entendido para ellas. Pues qué, si hubiera en España judíos o moriscos, ¿los volveríais a arrojar del país como se hizo en otras ocasiones? Yo estoy seguro de que no.

Ved, pues, cómo podía referirme a toda clase de cuestiones, al decir que las resolvería por el criterio de una libertad bien entendida. Pues ahora bien, ¿qué duda cabe que cualquiera que sea el rigor de la ley penal no disminuye la libertad del individuo? ¿De cuándo acá las leyes penales no son

leyes liberales lo mismo en imprenta que en todo lo demás?

¡Ah, señores! ¿cuánto mejor no es establecer esas leyes penales para la imprenta, que tolerar la presión que esta ejerce sobre los Gobiernos, sobre las autoridades, sobre los jueces y sobre los particulares mismos, que ven coartada su libertad por la pretendida libertad de los periodistas!

Si, señores, no hay en este proyecto una contradicción de mi conducta; hay la confirmación de lo que dije al Sr. Nocedal con motivo de los sucesos del 5 de Enero. No siendo, pues, este proyecto más que una exacerbación de la doctrina represiva para salvar un principio, no puede el señor Herrera acusarnos de inconsecuencia.

No sé hasta qué punto ciertas doctrinas profesadas por mi hayan contribuido a traernos a este sitio; pero si hubiera creído que me podría traer no las hubiera emitido, porque no es agradable gobernar aquí donde hay tantas dificultades, y a todas ellas se une la de estar todos los días frente a frente con amigos particulares y no políticos, como el Sr. Herrera.

Aquí, además de las dificultades por que pasa el país, hay que luchar con los hombres, y estos hacen crecer cada vez más aquellas, produciendo muchos millones de gastos improductivos, que sin saberlo y sin quererlo arrojan sobre la patria y sobre el partido a que pertenecen.

Yo comprendo que haya divergencias en los partidos, que es imposible que todos piensen en todo de la misma manera; pero así como en los ejércitos que marchan, es preciso que unos acomoden su paso al de los otros si se ha de hacer jornada, así en política deben acomodarse todos al paso de los que dirigen. Si no es menester no ofrecer el apoyo, o no ofrecerle sino con ciertas y determinadas condiciones. De otro modo no es posible que haya Gobiernos fuertes que puedan sobreponerse a la situación económica, moral y social, cuyos obstáculos se palpan.

Quizá yo estaré engañado y habré variado en la dirección que el Gobierno actual imprime a los negocios públicos; pero quizá el equivocado sea el Sr. Herrera, porque yo creo que al traer estos proyectos, he sido consecuente con las ideas que siempre he tenido.

¿Qué sería yo, señores, si me privaran del derecho de pensar, de discutir y de hablar? Yo no lo sé; pero se me figura que el hombre pierde su última dignidad cuando no puede pensar y decir libremente lo que piensa.

No hay dignidad humana donde no haya libertad de discusión para ciertas cuestiones; creo como Tácito, que hasta las fieras encerradas pierden sus buenas cualidades.

Y otro tanto digo del derecho de asociación, del cual trataremos otro día, y acerca del cual pienso demostrar que el proyecto pendiente no tiene otro objeto sino hacer que el espíritu de asociación no sirva de escabel para el miedo de algunos, y dejar reducido a las asociaciones benéficas que no envilecen sino que enaltecen al hombre.

Si estos principios son reaccionarios y producen la caída del actual gabinete, yo no me arredro por eso ni dejaré de sostener hoy los que he sostenido, lo mismo en este banco que en los de enfrente.

El Sr. FIGUEROA: Después de dar gracias al Sr. Candau, diré al Sr. Herrera que nosotros no tomamos parte en esta cuestión, porque no podemos discutir acerca de ella con la Unión liberal, que el año pasado sostenía otras ideas enteramente contrarias. Ese proyecto en la Unión liberal es una insanía, una demencia, y las demencias no se discuten, se compadecen.

Nosotros veremos impasibles que se aprueba esta ley, y celebraremos que la Unión liberal sea su primera víctima. Si algún día el partido progresista viniera al poder, la aplicaríamos como ley de raza; a los godos la ley goda; a los romanos la ley romana; a los liberales una ley liberal; a vosotros la vuestra.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

El Congreso acordó reunirse en secciones el próximo día.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: la discusión pendiente, y después la reunión de las secciones.

Se levanta la sesión.
Eran las seis y media.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Víctor y San Zenón, mártires.

SANTO DE MAÑANA. San Hermenegildo, Rey, y mártir.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas mercenarias de D. Juan de Alarcón, donde comienza la novena que anualmente se consagra a la gloriosa Beata María Ana de Jesús: a las diez será la Misa mayor, en la que predicará don Ambrosio de los Infantes, y por la tarde a las cuatro y media se rezará la estación, rosario y novena, después se cantarán completas, terminando con los gozos, Letanía, Regina Caeli y reserva.

En la capilla del Santísimo Cristo de la Salud habrá Misa cantada a las diez estando su Divina Magstad de manifiesto.

En la parroquia de San José habrá por la tarde ejercicios con sermones que predicará D. Castor Compañía, terminando con el Miserere al Santísimo Cristo del Desamparo.

La congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, celebra por la tarde a las cinco los ejercicios de instituto y dirá el sermón D. Valentín Sánchez.

Continúa por la tarde en las monjas Calatravas la novena de San Francisco de Paula, y predicará D. Gregorio Montes.

En la iglesia de San Antonio del Prado comienza la novena que anualmente se consagra a la divina Pastora; a las diez habrá Misa mayor con sermón que predicará D. Nicolás Brieba, y por la tarde en los ejercicios que comenzarán a las cuatro y media, dirá el sermón D. Basilio Sánchez Grande.

La asociación de Nuestra Señora de la Gracia, celebra en la iglesia de San Ignacio, un triduo de funciones a su excelsa Titular. Todos los días al anochecer se rezará el rosario, después el sermón

que predicará D. Nemesio Lasagabaster terminando con el triduo, letanía, salve y despedida.

También continúa por la noche en la parroquia de Santiago la novena de Nuestra Señora de la Esperanza, y dirá el sermón el P. José Joaquín Montalban.

Por la noche habrá ejercicios con sermones que predicarán: en la bóveda de San Ginés, D. Joaquín Corral y en el oratorio del Olivar, D. José María Angles.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de los Remedios en Santo Tomás, 6 la de la Salud en Santiago.

Se reza de San Hermenegildo Rey y mártir, con rito doble y color encarnado.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 11 de Abril de 1866.

| HORAS. | Barómetro reducido a 0° en milímetros. | TEMPERATURA EN GRADOS. | | Dirección del viento. | Estado del cielo. |
|--------|--|------------------------|---------|-----------------------|-------------------|
| | | Ream. | Centig. | | |
| 6 m. | 706,44 | 5,2 | 4,0 | E. | Despej. |
| 9 m. | 706,56 | 7,7 | 9,6 | E. | Nubes. |
| 12 m. | 705,27 | 11,8 | 14,8 | E.S.E. | Idem. |
| 3 t. | 704,25 | 14,5 | 18,1 | S.E. | Idem. |
| 6 t. | 701,20 | 11,0 | 15,7 | S. | Idem. |
| 9 n. | 705,22 | 8,5 | 10,6 | S. | Despej. |

Temperatura máxima del día. 15,8 49,7
Temperatura máxima al sol. 25,7 52,1
Temperatura mínima del día. 2,6 5,5

Evaporación en las 24 horas. 3,0 milímetros.
Lluvia en id., id. 0,0 id.

DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.

Segun los partes recibidos, ayer ha llovido en Jaen.

MERCADOS.

Entrado por las puertas en el día de ayer.

8,749 arrobas de trigo.

1,002 idem de harina.

5,929 idem de carbon.

98 vacas, que componen 42,704 libras de peso.

215 carneros, que hacen 5,417 libras de peso.

295 corderos que hacen 7,266 libras de peso.

Precios de artículos al por mayor y menor.

Carne de vaca, a 5,200 escudos arroba y de 0-256 a 0-260 libra.

Idem de carnero, 0-260 a 0,506 escudos libra.

Idem de cordero, de 0,506 a 0,550 escudos libra.

Idem de ternera, de 9 a 9-800 escudos arroba, y de 0-500 a 0-600 libra.

Tocino añejo, de 9 a 9-400 escudos arroba, y de 0-400 a 0-450 libra.

Idem fresco, a 0-550 escudos libra.

Jamon, de 12-400 a 15-400 escudos arroba, y de 0-600 a 0-700 libra.

Acete, de 6-500 a 6-900 escudos arroba, y de 0-256 a 0-260 libra.

Vino, de 4 a 4-600 escudos arroba, y de 0-118 a 0-160 cuartillo.

Garbanzos, de 4-400 a 6-600 escudos arroba, y de 0-190 a 0-234 libra.

Aroz, de 5 a 5-800 escudos arroba, y de 0-418 a 0-160 libra.

Lentejas, de 1-900 a 2-500 escudos arroba, y de 0-096 a 0-118 libra.

Carbon, de 0-750 a 0-800 escudos arroba.

Jabon, de 6-500 a 6-700 escudos arroba, y de 0-256 a 0-260 libra.

Patatas, de 0-650 a 0-750 escudos arroba, y de 0-050 a 0-042 libra.

Precios de granos en el mercado.

Cebada, de 2-500 a 2,500 escudos fanega.

Trigo vendido, 2,059 fanegas.

Precio medio 4,480 escudos id.

BOLSA DE MADRID.

Cotización del 11 de Abril de 1866, a las tres de la tarde.

FONDOS PÚBLICOS.

Titulos de 5 por 100 consolidado, publicado, 40-90, 85, 90 y 85, y 40-65, y 41-00 pequeños: no publicado, 40-57; a plazo, 41-00, 41-10 y 41-00 fin cor. vol.

Idem del 5 por 100 diferido no publicado, 57-90 a plazo, 58-00 fin cor. vol.

Deuda amortizable de primera clase, publicado, 55-50 d.

Idem de segunda, publicado, 20-25.

Idem del personal, no publicado, 25-00 y 22-00 y 22-95; a plazo, 25-15 fin cor. vol.

Obligaciones municipales al portador, de 4, 1,000 reales, id., 68-00.

Billetes hipotecarios del Banco de España, publicado, 69-40.

Acciones de carreteras generales, 6 por 100 anual, emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4, 1,000 reales, no publicado, 60-00 d.

Idem de 2,000 rs., sin cupon, 92-50 d.

Idem 1.º de Junio de 1851, de 2, 2,000 rs., idem 87-00 d.

Idem 51 de Agosto de 1852, de 2, 2,000 rs. publicado, 82-00 d.

Acciones del canal de Isabel II, de 4,000 rs. 8 por 100 anual, primera emisión, id., 105-00 d.

Acciones del canal de Isabel II, segunda emisión, no publicado, 106-00.

Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-cariles, publicado, 475-00.

Acciones del Banco de España, no publicado 112-00.

CAMBIOS.

Lond